ERNESTO CARRIÓN

Catálogo de aves muertas



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
1. El olor de una familia
2. Estrella Perro
3. Naturaleza portátil
Créditos

Y los seres vivientes corrían y volvían a
semejanza de relámpagos.

EZEQUIEL 1:14

Un diccionario se parece más al mundo que una novela, pues el mundo no es la secuencia coherente de acciones, sino una constelación de cosas percibidas.

Édouard Levé

Si me pierdes en un lugar, búscame en otro. En algún lugar te espero.

Walt Whitman

1. El olor de una familia

Extraño cuando la vi por última vez bajo una luz difusa, algo incoherente. Extraño aquel momento porque siento que, con el pasar de los días y meses, sigue ennegreciéndose hasta borrarse. Es casi como un cuadro que se achica, que se achata hasta tornarse irreconocible. Más que extrañarla, extraño el instante en que me dio la espalda y entró a nuestra casa por última vez. Llovía. Llovía como una anciana que cose a contraluz. Aquellos que están por desaparecer se imprimen contra la luz de una manera que solo recorre la mente de quien los miró por última vez. Había dicho que llovía. Y aún había un pedazo de cielo abierto y claro donde la noche dibujaba una telaraña gigantesca. Recuerdo su espalda y su cabello como una lengua silenciosa y oriental lamiendo sus hombros. Llovía. Y Elisa fijó la sombra de su espalda en mi mente para toda una eternidad desconocida. Mientras algo parecido a un papel negro cortado en finísimas tiras iba pegándose a los carteles, semáforos y ventanas de las casas.

Hubo un tiempo en que los manantiales y las cuevas servían para conectar el mundo de los muertos con el de los vivos. La oscuridad y la luz flotaban unidas. Los rayos, la lluvia y los arcoíris servían para enlazar el mundo superior (o Hanan Pacha) con el mundo medio, que es este, donde la tristeza, decadencia, confusión y nacimiento lo cubren todo. Había mediadores terrenales con el cielo. Y las montañas con sus picos se empleaban para sacrificios humanos. Tres planos organizaban la vida y la muerte para los incas. Y las estrellas se dividían en dos tipos: brillantes y oscuras.

Las primeras, al unirse, configuraban formas en el cielo. Las segundas eran identificadas como manchas oscuras que se asociaban con las temporadas de lluvia. Una estrella, para los incas,

era un intento de capturar un misterio. Y quien la observaba era apenas un organismo con hambre, sueño y miedo de morir.

Cuanto más brilla una estrella más bordeada de oscuridad se encuentra. Sin oscuridad, las descripciones son impuras. Para no perder la nostalgia, mientras me concentro en la ruta, imagino cada uno de mis poros ramificándose internamente en venas hinchadas de sangre. Un organismo que tiene hambre, sueño y miedo de morir. Un cuerpo que al tiempo que elige sus alimentos está pensando precisamente en la muerte. En si será una bolsa de papas fritas, o el exceso de jamón o Coca-Cola, lo que contenga un elemento químico que reduzca a toda prisa la vida humana.

La Tierra gira alrededor del Sol sin ningún otro interés que producir un movimiento repetitivo que, por decisión o imposición, no representa desplazamiento alguno. Cualquiera de sus giros es un retorno al punto de partida. No es perder ni ganar. Pero hay que intentarlo de nuevo. Habría que decirlo (o habría que decírselo a todos): solo estamos dando vueltas en una enorme bola de gas, llena de agua, fantasía y muerte. Lo cierto es que nuestra vida girando en un mismo eje, alrededor de una estrella, sin fin ni comienzo, es, más allá de algún posible retorno con sentido filosófico, la prueba irrefutable de que estamos aquí para perder los días aspirando a la inmortalidad mientras nos miramos las palmas de las manos. O que nosotros somos precisamente esa cantidad de oscuridad que necesita una estrella para brillar con mayor fuerza.

Nadie nos ha explicado tampoco que para apagar un dolor, para transitar el duelo cuando hemos perdido a quien amábamos, lo mejor es salir de la ciudad como si al hacer esto uno estuviese escapando de sí mismo. Renacer en la carretera o en otro paisaje, persiguiendo nubes diferentes. La distancia que pones entre ambas

realidades se convierte en un fragmento de tiempo irrepetible (falsamente irrepetible: el duelo y el viaje son experiencias bastante similares). Los caminos, aunque no sean nuevos, aunque los hayamos recorrido en tiempos pasados, se nos presentan con otra luz y la posibilidad de engañarnos con la idea de la «aventura».

Lautaro escuchó el término a través de un libro, de Jonathan Swift, que su madre le leía a la hora de dormir. Un viajero que se hace grande o pequeño, dependiendo del sitio que visita, es una metáfora redonda de lo que otra cultura puede ofrecerle a un turista. Ahora vamos por la carretera, en silencio, pensando minuciosamente en todas las ocasiones en las que Gulliver se despierta sorprendido por lo que ocurre a su alrededor. Lautaro le había dicho a su madre que sentía ese libro como si alguien hubiera tenido un cúmulo de sueños fantásticos y se hubiera despertado con el ánimo de escribirlos. Si dos pueblos se pelean por la forma de romper un huevo, seguramente las guerras pueden ser el resultado de cualquier altercado estúpido. Luego emitió un canturreo que había aprendido de su madre. Se trataba de un balbuceo melódico que podría serme de mucha ayuda en estos momentos, cuando nos movemos callados mientras él ha empezado a abrir y cerrar los ojos por pura inercia. Mira atónito por la ventana cómo dos montañas parecen enlazarse mientras la camioneta se aleja.

Dibuja otras montañas: pinta dos cejas amplias en el centro de un papel lleno de color. Le he pedido a Lautaro que haga esto mientras atravesamos rutas y valles con el propósito de llegar al pie de las Lagunas de Ozogoche. Son cuarenta y cinco lagunas o lagos dentro del Parque Nacional Sangay, ubicadas a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Aunque mi verdadero propósito es olvidarnos de todo lo que dejamos en casa. Un hogar que desde hace once meses se siente como una tumba. El día en que murió su madre me costó explicárselo. Debí proyectar en su mente la ausencia de Elisa dando muchas vueltas hasta convertir un cúmulo de frases en un

raro collage verbal. Más que describir la desgracia que había ocurrido, debí decorar un presente donde nos tocaría resistir en una familia nueva de solo dos integrantes.

Luego, para intentar explicarme a mí mismo lo que había ocurrido, o por qué alguien un día se aburre del mundo y decide abandonarlo sin explicaciones, me puse a revisar sus documentos de trabajo y sus objetos personales buscando cualquier cosa que pudiera servirme. Encontré un correo, un compromiso laboral, y organicé este viaje con Lautaro. Fue un mensaje con el que me obsesioné sin razón aparente. Un email que reposaba archivado bajo el anuncio «VIP» en la bandeja de entrada de su cuenta de correo.

La cuenta de correo de Elisa, mi mujer, estaba llena de todo tipo de mensajes. La mayoría de trabajo. Aunque entre los últimos quince, acongojado, descubrí uno mío en el que respondía a uno suyo enviado con varias nuevas palabras de ese lenguaje que estaba inventando para mí desde hacía tres años. Un lenguaje que iba ensamblando con sonidos grabados de mis ronquidos nocturnos. Elisa sostenía que cuando dormía, más que roncar como un ogro o sonar como un huracán destructor, yo emitía diversos sonidos que podían servir de base para un lenguaje diferente. Un lenguaje torcido que brotaba de la cueva de los sueños. O de las pesadillas, respondí. Nos reímos. Pero la broma no se quedó allí. Con el tiempo, Elisa fue grabando mis distintos ronquidos y ubicándoles, posteriormente, significados a ciertos crujidos repetitivos, convirtiéndolos en ronquidos-palabras. Alternaba esta actividad con su trabajo de bióloga.

Elisa fue, además de agnóstica, una bióloga prominente. Amaba la naturaleza y todos los misterios que encierran hasta los bichos más minúsculos. A los veintiocho se doctoró; y en pocos meses ya estaba trabajando para una fundación gringa, impulsada por un yuppie que un día se cansó de su vida en Wall Street. Un norteamericano que se sentía culpable de haber enriquecido aún más a los hombres

millonarios de su país. Fue ese gringo, dueño de un nombre tan genérico como Jack Johnson, quien la había elegido, junto a otros dos biólogos, para revisar el fenómeno de las aves suicidas en Ozogoche.

En el correo se lo explicaba en un inglés limpio, aunque repleto de contracciones. El fenómeno, llamado también suicidio colectivo, ocurre en el mes de septiembre de cada año. Se trata de un ritual desenfrenado de la naturaleza que no posee una explicación. Supuestamente, cientos de aves llegan hasta allí con el único propósito de estrellarse contra la laguna. Caen como aniquiladas por un razonamiento imposible: quitarse la vida o simplemente dejar de volar. Tras leer aquel correo, recordé de golpe la obsesión que tuvo Elisa con este tema meses antes de su muerte. Debía viajar a comienzos de septiembre del año pasado, pero no le dio tiempo. Su muerte cerró esa posibilidad. Imaginé entonces el rostro de mi mujer mirando a un ejército de aves que cubrían repentinamente el cielo y se precipitaban con decisión hacia las aguas tersas de una laguna.

Imaginé esos destellos mortales.

Destellos mortales. Cuviviés o chorlitos kamikazes. Esquirlas. Fugacidad líquida. Granizo. Es difícil que cualquier ser vivo persiga su propio aniquilamiento. Y los seres humanos, cuando lo hacen, cazados por íntimas angustias, no lo convierten en un acto masivo. Casi nunca. Cualquier acto masivo y descontrolado produce una inmediata curiosidad en la comunidad científica. Hago un recuento, brevísimo, mientras continúo internando la camioneta entre las montañas. Atravesando la neblina. En Astapa, 206 a. de C., el pueblo, asediado por el general romano Publio Cornelio Escipión, decidió suicidarse y quemarlo todo con sus tesoros. Algo que me lleva a pensar en Rumiñahui, nuestro antepasado inca, quien, viéndose traicionado por los españoles, transportó el tesoro del rey Atahualpa con un grupo de sus hombres más fuertes, y, tras ocultarlo, mató a toda su tropa para luego inmolarse en una enorme fogata. Hasta hoy el deseo por dar con aquel tesoro deja cada año varios turistas muertos o desaparecidos. Lautaro se sacude migas de galletas de su abrigo. Como tiene frío, porque hace un buen rato que

entramos ya en la sierra, le paso una frazada gruesa de lana y un par de guantes. Come galletas y se arropa con auténtico desdén. Seguramente preferiría estar en casa o jugando a la PlayStation con alguno de sus amigos en la ciudadela privada, donde vivimos. No entiende por qué se me antojó comprar una tienda de campaña, linternas, cantimploras, y hacer este viaje por la carretera movido por el deseo de atestiguar un extraño suceso que nada tiene que ver con nosotros. Una investigación que era de su madre. Una investigación que quedó inconclusa, o sin respuestas, como el suicidio de Elisa.

También hubo mujeres que se suicidaron en masa después de la derrota de sus ejércitos. Y más hombres suicidándose en masa y quemando ciudades después de otra derrota. Pero ¿qué hay de los animales?

En la villa suiza de Lauterbrunnen, un conjunto de veintiocho vacas y toros se arrojó por un acantilado. Ningún especialista pudo explicar por qué lo hicieron. Me tropecé con esta y otras historias, algo confundido, después de recordar la obsesión de Elisa y revisar su computadora. Estaba intentando comprender el suicidio en el mundo animal antes de su viaje hacia las Lagunas de Ozogoche. Viaje que, como he dicho, nunca ocurrió. En letra pequeña aparecían fragmentos extraídos de fuentes diversas. Internet. Revistas científicas. Diarios antiguos. Libros sobre la fauna en lugares remotos. No era usual que un grupo de animales se pusiera de acuerdo en acabar colectivamente con sus vidas.

Por ejemplo, un colectivo de vacas y toros. ¿Huyendo de qué dolor se mataban? ¿Cómo se ponían de acuerdo sobre lo que estaban por realizar? El viaje de esos cuerpos cayendo, uno tras otro, me asalta de repente. Es una alucinación por el camino espesado por la neblina. Casi como si una cortina de sombras veloces cayera de golpe frente a mí con un largo mugido estentóreo de acompañamiento.

Un largo mugido sostenido por esas veintiocho cabezas en caída libre.

Llegamos. Intento darle ánimos a Lautaro. Busquemos un chocolate caliente y acampemos para mirar las estrellas. Dicen que la estrella Perro se ve muy bien desde aquí. Y también alguna otra, comento. Pasando el pueblo conformado por unas cuantas casas de cemento y madera, un templo y una escuela en mal estado, descubro a varios turistas nacionales moviéndose con raro entusiasmo. Familias de tres o seis individuos cubiertos por chompas de colores brillantes. Algunos han exagerado en la vestimenta: parece que fueran a escalar algún nevado. Otros han traído bicicletas para recorrer los caminos alrededor de las lagunas. Dejo las cosas en la camioneta y me dirijo hacia el puesto de información para que me expliquen cuál será el mejor sector para acampar. Sobre todo, con un niño de nueve años que no quiero que corra peligro. La mujer que me atiende tiene los dientes tan grandes que me recuerda la escultura violácea de una mazorca que vi al pie de un centro comercial en el norte de mi ciudad.

Muy bien. Gracias. Pero lo que sí queremos es mirar la caída de las aves, recalco aquello, mientras poso mi dedo índice en su mapa ligeramente infantil. ¿En alguno de estos espacios que me indica se podrá? La mujer asiente y sonríe. Todas estas personas que usted ve aquí han venido por lo mismo; quieren contemplar el ritual de sacrificio de los cuviviés, responde. Elija alguna de estas dos lagunas que acabo de indicarle.

Comenzamos a caminar entre la gente que a su vez comienza a dispersarse hacia distintos puntos. Bicicletas y canoas hacen una aparición, algo inusual, sostenidas por algunos jóvenes. A ratos, es otro el ambiente, uno amplificado por risas y camaradería. El aire helado entra en mis fosas nasales erizando unos vellos diminutos. No siento temor ni agotamiento. Caigo en la cuenta de que, tras once largos meses, es la primera vez que siento mi cabeza enlazada

a un interrogante, a un misterio que pone por segundos detrás el misterio de la muerte de mi mujer.

Mientras, la brisa parece transformar en bloques de hielo nuestros rostros.

La cabeza despeinada de Lautaro me arrastra hacia el interior de nuestra carpa. Duerme de espaldas a mí, chupándose el dedo pulgar. Es una mala costumbre que juró que perdería cuando cumpliera los diez. Su madre se lo permitía; yo se lo reprochaba. Le he dicho que hemos venido a mirar un gran espectáculo: la caída de cientos de cuviviés que ocurrirá en pocos días. Y que nuestra tarea es intentar atajarlos o rescatarlos del agua. Tampoco puedo explicarle que no comprendo qué insana obsesión me ha hecho traerlo hasta acá para satisfacer una nueva curiosidad. Curiosidad que desarrollé hace poco como una rara técnica de supervivencia cuando murió su madre. Pero no entiendo por qué debemos rescatarlos nosotros, reclama. Porque se desorientan cuando circulan por esta región. Algo les ocurre. Disminuye su capacidad para volar.

Y esa desorientación les hace perder el equilibrio.

Mi mujer no perdió el equilibrio cuando estrelló su auto contra la balaustrada de un puente para terminar cayendo en un terreno baldío hace once meses. El policía que me explicó el accidente, un hombre grueso de bigote canoso y apellido Ginés, dijo que ella había tomado una decisión en cuestión de segundos. El video de seguridad de la cámara en la esquina del lugar así lo registra. ¿Usted me quiere decir que no falló el auto, que se mató porque le dio la gana?, pregunté herido y con los ojos empañados de lágrimas. Hemos revisado el auto y no tenía ningún desperfecto. Como le digo, tomó esa decisión en segundos.

Segundos después de desayunar galletas con queso y leche fría,

recuerdo haber leído, en el mismo documento de mi mujer, que los tarseros de las Filipinas también se suicidan. Primates diminutos de apenas dieciséis centímetros con ojos amarillos que lucen hipnotizados. O dispuestos a hipnotizarte. La falta de libertad puede llevarlos al suicidio. Se estresan fácilmente. En la Fundación del Tarsero en la isla de Bohol son muchos los que, viéndose enjaulados por demasiado tiempo, se golpean la cabeza o se ahogan sumergiéndose en recipientes repletos de agua.

El agua tersa de la laguna Cubillín pasa con facilidad del gris inmóvil a un azul muy brillante. Camino con Lautaro alrededor: exploramos un poco el área para revisar la vegetación y saludar, aunque de lejos, a otros visitantes que han llegado hasta acá arrastrados por el mismo deseo. Quieren entender el suicidio colectivo de una bandada de aves. Quieren registrar un enigma. Ellos o nosotros, que somos apenas animales impuros que no comprendemos el suicidio de uno de nuestra manada. ¿Por qué una bandada de aves pierde de pronto las ganas de vivir? ¿Qué lógica puede haber para que un grupo, que solo vive enlazado al instinto, tome esa mortal decisión?

Registro rápidamente a los otros visitantes que acampan al pie de nuestra laguna.

Una pareja de mujeres que oscilan entre los treinta y cuarenta años, provenientes de la capital. Un tipo bastante joven, quizás de veintidós, solo y con la mirada esquiva, que por su equipaje vino a realizar senderismo. Un viejo de barba blanca con una niña que, más que su hija, parece su nieta. Dos biólogos que deben de tener mi edad, o quizás un par de años más, con camisetas que llevan el logotipo de la compañía en la que trabajaba Elisa. Una pintora que no parece ser de aquí, sino europea o gringa, y que ha clavado con precisión un caballete al pie de la laguna. Miro rápidamente lo que está pintado: cabezas de pescados. Montones de ellas.

La palabra «caballete» viene del latín *caballus*, que significa

«caballo», aunque se trate de un trípode o soporte transversal que emplea el pintor para colocar su cuadro. Más, por supuesto, el diminutivo «-ete». Un caballito.

Aristóteles, hace más de dos mil años, menciona el suicidio de un caballo. Un pobre animal que se arroja desde un risco cuando se descubre nacido de la yegua que acaba de montar. Abrumado, como poseído por la vergüenza de haber quebrado el más viejo de los tabúes, se tira al vacío. Acaba con su vida obsesionado por un acto que no debería haber significado gran cosa entre los especímenes espléndidos de su raza. Cae. Lo deja todo. Decide su inexistencia.

Me invaden las mismas preguntas que guardo desde hace once meses.

¿Puede una persona simplemente decidir un día su inexistencia? ¿Perder la fuerza que sacaba quizás de su entorno y las palabras? ¿Cambian las palabras el ánimo de una persona? Quiero decir: si acaso somos únicamente lenguaje, ¿no es posible corregir esa sensación de vacío que cubre al suicida con un cúmulo distinto de palabras? ¿Y no es precisamente la idea de una futura inexistencia lo que brinda más resolución a la existencia?

Jamás he comprendido por qué alguien opta por abandonar la existencia. Toda tristeza acumulada es una especie de tiranía que acaba deformando. Los muertos, con quienes vivimos a diario, me parecen una invasión extraterrestre. Yo no quiero morirme, aunque mi muerte sea inevitable. Jamás elegiría la inexistencia porque incluso cuando cierro los ojos por la noche temo no poder abrirlos de nuevo.

Ahora el crepúsculo abandona la carretera y se sumerge como lava en la laguna Cubillín. Atrapo una lágrima antes de que Lautaro se dé cuenta de que he estado a punto de llorar nuevamente. En unos días, cuando estemos viajando de regreso a casa, su madre cumplirá un año de fallecida.

Y una fina mordida de la niebla levanta el olor de estos páramos ancestrales.

Dejo caer la mochila con nuestras provisiones después de una hora de recorrido. He buscado un sitio apropiado, atravesando riachuelos y pajonales húmedos y amarillos, para entregarle a Lautaro una vista panorámica de todo el sitio. A nuestro paso, vimos un grupo de vacas y corderos movidos por pequeños hombres con ponchos. Así como a dos niños cabalgando un burro negro y domesticado. Pero no es tan fácil dar con un montículo que facilite una visión más amplia. Son decenas de lagunas que se distribuyen de manera misteriosa, entre elevaciones pronunciadas y terrenos irregulares, en un espacio impregnado de calma que, a ratos, se siente como el último sitio despoblado del mundo.

Respira este aire, le digo con exagerado interés. Nosotros también venimos de aquí. ¿Somos de Ozogoche?, me pregunta y hace dos muecas. No, me refiero a que venimos de la naturaleza, a que somos parte de ella. Mucha gente ha olvidado cómo se siente internarse en un bosque o en la selva para recuperar nuestros vínculos ancestrales. Lo que quiero decir es que, aunque llevemos años en ciudades forjadas con cemento, hierro y espejos, salimos de un bosque hace miles de años. Por eso es tan urgente reconectar.

Creo que has empezado a hablar como mamá, responde Lautaro. Y vira su cara hacia el otro lado. Ella era quien decía este tipo de cosas.

Hace miles de años una especie que había crecido en número inmoderado intentó abandonar su cueva moviéndose hacia lo más profundo del bosque. ¿Peleó? ¿Encontró alimento y refugio? ¿Destruyó ese bosque? ¿Qué olor se extravió cuando abandonó su cueva? ¿Y por qué enterraba a sus muertos dentro de la misma cueva donde organizaba su sociedad? ¿Por qué ese ritual es tan importante para nosotros? ¿Enterrar no es acaso cubrir una semilla con tierra para que algo germine? ¿Y puede un cadáver, apenas un cúmulo de huesos, florecer nuevamente?

Y de hacerlo, ¿en forma de qué florecería?

Antes de descender, el sol golpea desde lo alto como un machete que va esquilmando a su paso todo lo que despunta, incluyendo nuestros cuerpos divididos en sombras. Lautaro no está cansado, pero a ratos parece aburrido. Le prometo prestarle mi tablet para que intente descargarse algunos juegos de video que le ayuden a pasar la noche. En caso de que haya internet, recalco, porque mi celular hace horas que ha dejado de recibir señal.

Cuando su madre desapareció, como internándose en un bosque luminoso, me tocó a mí cubrir lo mejor posible todas las actividades que hacía con él. Pedí ausentarme varias horas en el trabajo para ponerme al día con sus gustos y caprichos. Solicité un reemplazo para mis clases. Quería que la ausencia de Elisa pasara inadvertida.

Lo que no era fácil de hacer. Una casa, más que un espacio lleno de desperdicios, es una olla donde convergen todos los olores de sus habitantes. Nuestra casa olía a mi trabajo en la universidad, lo que significa que seguramente olía al desinfectante empleado en las aulas y los baños, así como a las sopas y comidas grasosas de la cafetería. Al igual que al aroma a perfume y tabaco de varios de mis colegas. También nuestra casa olía a Lautaro, a sus primeros partidos de fútbol, a la tierra del patio, al sudor infantil, a los asientos deshilachados del bus escolar, a la leche chocolatada y las pizzas que devora como nadie. Nuestra casa olía además a Elisa, a sus extravagantes verduras, a sus zapatillas para trotar, a su desodorante blanco, a su té negro y su leche de almendras.

Y una vez que ella desapareció, estos olores también comenzaron a desaparecer lentamente dentro de nuestro hogar.

Flipper, una serie de televisión de los años sesenta, alcanzó millones de televidentes en Estados Unidos y Latinoamérica. Yo no la recuerdo demasiado. Nací en los setenta cuando todavía se transmitían algunos de sus episodios, pero la verdad es que jamás me enganchó. *Flipper* estaba protagonizada por un delfín hembra llamado Kathy, que se suicidó tras ser depositado en un tanque

diminuto. Quizás me habría interesado más esta serie de haber sabido que su protagonista se había quitado la vida. Cuentan que el cautiverio arrastró a Kathy a la depresión hasta el punto en que se obligó a dejar de respirar en 1968.

Dejar de respirar sumergido en la bañera es un ejercicio que llevo realizando desde hace once meses. Precisamente desde que mi mujer se suicidó. Como Flipper. O como Kathy pensando en Flipper. O pensando en Kathy pensada por Elisa cuando escribió su anécdota en su documento sobre animales suicidas.

Cansado, me sumerjo en el agua, sin deseos de respirar.

Realmente buscar una explicación para algo que ocurre así, de repente, sin pistas, señas o previos episodios depresivos, es muy difícil.

La primera idea que vino a mi mente fue la de una falla mecánica. Pero no se trataba de eso. Y una vez descartada por el teniente Ginés, la idea de un homicidio brotó al instante. Entonces el hombre me preguntó si habíamos tenido problemas en casa. ¿Discutieron? ¿Era usted violento con su mujer? ¿Se acostaba con otro? ¿Se acostaba con otra? A todas esas preguntas respondí que no. Rotundamente. También para mí era un misterio lo que había ocurrido. Un misterio y un dolor terrible. Nuestras discusiones siempre habían sido triviales. Por que descuidara los pagos de los servicios básicos. O que no me gustara secarme apropiadamente el cabello, tras ducharme, y me acostara de aquel modo en la cama, impregnando de humedad nuestras almohadas.

A veces, era porque roncaba demasiado y le hacía perder el sueño. Aunque terminara convirtiéndolo en un juego lingüístico.

Alberto Sangurima vino hasta acá con el propósito de revisar el fenómeno del suicidio masivo de aves. Plantados frente al pícnic, el viejo de barba blanca y su nieta nos invitan a comer. Se trata de un aviador retirado que luchó en la última guerra con el Perú, la de los noventa. Su historia como aviador no tarda en aparecer,

mordisqueando una pera, cuando comenta este suceso sin precedentes. Al parecer su nieta, Lucrecia, fue la única persona de su familia que quiso acompañarlo. Cuenta, mientras fríe mote y huevos en una sartén tornasolada, que, apenas leyó el año pasado sobre el asunto de las aves suicidas en un diario de la capital, no pudo dejar de pensar en aquello.

Incluso soñaba con esa cascada ruidosa de pájaros rompiendo los cristales de varias cabañas. Aunque se supone que la mayoría, como hipnotizada, se estrella por la noche contra las lagunas de Cubillín y Magtayan.

Ahora el viento genera un ruido como el seseo de muchas cortinas de plástico atadas a un edificio en ruinas. Lautaro mira hacia el cielo para colocar en su mente esa cascada espectral, llena de ruido, que ha mencionado el aviador anciano. Otea entre las nubes agrisadas por algún rostro aterrador para quebrarlo. Se siente ligeramente intrigado por lo que le tocará atestiguar muy pronto.

Arrancar de mi mente la espalda de Elisa cuando entró a nuestra casa, despidiéndose, el último día en que estuvo con vida, me resulta imposible. Aunque esta imagen siga achatándose o tornándose difusa. Por eso me muevo hacia recuerdos desprendidos como ramas. El té aromático. Las mismas tostadas con queso crema y aguacate. El ruido de una tortilla de espárragos y tomates friéndose a fuego lento. Agua y más agua. No necesito asistir a ningún psicólogo o terapeuta para traer a la realidad un recuerdo que ahora se alarga como un suvenir trágico, innecesario. Soy yo quien se ha quedado con vida en la otra orilla mirando un fantasma.

Lo entiendo bien.

Incluso durante el duelo se produce un reflejo íntimo y constante: cada minuto me parece estar oyendo a Elisa diciéndome que estoy haciéndolo todo mal. Las tareas y rutinas de Lautaro. Mi aseo personal y el cuidado de la casa.

¿Y aquel que mira un fantasma desde la otra orilla no es también

un fantasma? ¿Acaso no debería yo también dejar de respirar? ¿No debería ser solidario con la mujer que amo y detener el mecanismo que hace que glándulas y tejidos internos continúen tirando de mis talones?

Nadie nos avisa sobre este tipo de cosas.

Nadie.

La muerte de los otros es un debate sobrenatural con uno mismo.

Lautaro debate con Lucrecia sobre el color de las aguas tersas de la laguna.

Morado, anaranjado, azul violeta. Casi, casi, pero no.

¿Y qué hay de las aves?

Nadie les ha contado a ellos dos a qué se asemeja un cuviví.

Los cuvivíes son aves pequeñas de color grisáceo. Hacen un largo viaje. Ni siquiera anidan o se reproducen aquí.

¿Y de dónde son?, pregunta Lautaro mostrándose finalmente interesado por el propósito de nuestro viaje.

Hacen un viaje muy largo desde los pastizales de Norteamérica, responde Alberto. Están migrando. Huyendo del invierno. Quizás buscando un sitio mejor. Dicen que viajan el 10 de septiembre y llegan el día 11 a esta laguna solo para morir.

Entonces, no se entiende, abuelito, interrumpe Lucrecia.

Tiene tres años más que Lautaro y es más despabilada.

¿Por qué si están huyendo para encontrar un lugar mejor solo llegan aquí para morirse?

En Gevas, al este de Turquía, mil quinientas ovejas se arrojaron desde un acantilado en julio de 2005. Aunque la noticia aseguró que fue una la que primero lo hizo; el resto la siguió. El detalle de un suicidio masivo en el que un rebaño entero termina ejecutando lo que realiza su líder (¿?) me empuja a pensar en los cultos humanos y sus suicidios colectivos:

- El Templo del Pueblo de Jim Jones, que con venció a novecientos adeptos de mudarse a Guyana, donde fundó la comunidad de Jonestown.
- La Rama Davidiana de Vernon Howell, en Waco, Texas.
- La Puerta del Cielo de Marshall Applewhite en Rancho Santa Fe, California.

Todos esos cultos o sectas acabaron del mismo modo. Si nos preguntáramos qué nuevo terror puede fundar la pérdida de identidad o la identidad colectiva, la respuesta sería aquella.

En la cosmovisión andina se cree que vienen a sacrificarse enviadas por Dios. Incluso los nativos reproducen canciones sobre el sabor de su carne. Y apenas termino de decir esto, el rostro del aviador anciano se hincha hasta soltar una carcajada. Los indios y sus cosas. Durante la guerra costó mucho a la infantería lidiar con sus preocupaciones esotéricas. En este país nadie los entiende. Y nunca los entenderán, concluye. Mi esposa lo hacía, respondo, aunque inmediatamente me invade el deseo de no haber respondido nada. De haber hecho como siempre que escuchaba comentarios tajantes sobre diversos temas. Oídos abiertos y lengua mordida. Esquivar un debate es saludable. Tanto para el corazón como para el hígado. El viejo aviador me mira y se limpia la barba con tres dedos de su mano izquierda. Lucrecia, pestañeando, pregunta por la madre de Lautaro.

Y por primera vez en once meses escucho de los labios de mi hijo el relato completo sobre cómo murió su madre.

Siempre he comido carne. No puedo recordar ni una sola vez, desde que era un niño de cuatro o cinco años, en que no haya tenido un pedazo de pollo, cerdo o pescado entre los dientes. Es repugnante, decía Elisa. ¿Por qué lo sigues haciendo después de que todo el mundo está concienciándose sobre esto? Eres inteligente. Eres profesor universitario. Eres un ser racional y considerado. Llevaba puesta una camiseta con el dibujo de un koala adorable en el centro. No seas igual al resto. Si quieres formar parte de este planeta comienza por valorar las demás vidas, todas las vidas.

¿No te parece acaso una idea feliz?

Existe un parásito trematodo que anida en los globos oculares de los peces y que es capaz de guiarlos al suicidio, obligándolos a nadar más cerca de la superficie. Volviéndolos presas fáciles. Sin embargo, se trata de un ciclo natural de este parásito, ya que su vida empieza precisamente en el sistema digestivo de distintas aves. Luego de madurar en los ojos de los peces, vuelve al organismo de las aves para reproducirse y liberar sus huevos. Entonces, más que un suicidio de estos peces, se trataría de un proceso de supervivencia premeditado.

Calculo con Lautaro el tiempo que nos tomará hacer una pequeña excursión con la pareja de mujeres que nos invitó a mirar otra laguna donde se puede andar en canoa. Se trata de una abogada y una arquitecta quiteñas que se casaron hace poco en Finlandia, y de allí pasaron su luna de miel en México. Habían leído, igual que casi todos los demás, sobre el suicidio de las aves y los rituales que la comunidad realiza: una especie de celebración con ritos ancestrales y danzas, que concluye con un gran festín. Recogen los cuvivíes muertos, y proceden a desplumarlos y cocinarlos. Terminan ubicándolos en espirales sobre la tierra. Desde hace muchísimos

años, dicen los chamanes, viene ocurriendo ese «holocausto natural», como lo llama la prensa.

Sin recelo, Lautaro toma de la mano a una de las mujeres y le pregunta por su trabajo. Diseño casas, ciudadelas y edificios, responde. El cielo se tiñe con un rosa pálido que borra varias nubes frente a nosotros. Pero ¿qué es lo que más te gusta de tu trabajo?, insiste. Todos esos clavos y vigas alineados. Toda esa gente feliz que se queda en su interior como habitando un mausoleo.

La tumba de mi mujer no es ningún mausoleo. Es apenas una lápida a ras de suelo entre un montón de lápidas ordenadas sobre un enorme valle a las afueras de la ciudad. «Hija, Esposa y Madre.» Fueron los abuelos de Lautaro quienes decidieron la inscripción. A mí me habría gustado poner otra cosa. Algo mucho más real y dramático. Algo que nada tuviera que ver con ese orden ofensivo de roles. «Bióloga, vegana y lingüista contemporánea. Un fantasma abrazado por demonios.» O «Un ser humano irresponsable que no volvió la vista atrás en ningún momento».

No sé qué pensar cuando la gente menciona a alguien que murió dejando sus asuntos en orden. ¿Qué orden? ¿Qué asuntos? No me lo creo. Porque cuando alguien muere, así haya dejado resueltos sus temas emocionales y financieros, siempre quedan asuntos inconclusos. Una cita médica a la que no llegará. Un mensaje que olvidó enviar a un amigo. Un correo sin contestar. Unos abrigos que permanecen entre sombras almacenados en una lavandería. Un programa de televisión que no terminó de ver. Unos libros que se quedarán cerrados para siempre con algún separador amarillento entre sus hojas. El tubo de una pasta dental que guarda las huellas de unos dedos que apretaron hasta arrugarlo por completo.

Hasta el último botón de una blusa que se cayó y que había que reubicar.

Los seres humanos convivimos entre seres y objetos que han

echado raíces por todas partes. Por eso asusta mucho volverlo todo cenizas.

Hay un saltamontes que también se suicida. Se arroja al agua para ahogarse. Sin embargo, quien lo obliga a ahogarse es un parásito nematodo llamado *Spinochordodes tellinii*. Este parásito primero se desarrolla en el agua y, después, para avanzar a su siguiente etapa, solo puede hacerlo en el interior de un saltamontes. Del agua pasa a la tierra. Aunque, finalmente, para reproducirse, debe retornar al agua. Para este propósito altera el sistema nervioso del saltamontes apoderándose de sus funciones motoras y obligándolo a ahogarse.

No es posible imaginar la luz final dentro de un ojo humano.

Por ejemplo, ¿qué cantidad de luz había en el interior de la mirada de Elisa cuando se quitó la vida? Quizás la oscuridad está en todos nosotros. Quizás somos nosotros, con nuestra perpetua oscuridad, lo que hace que brille tanto la estrella Perro.

Ahora Lautaro está hablando sobre el poco apego que siente por las montañas o por esos rostros que a veces forman las grietas sobre ellas. Margarita, la abogada, le cuenta que en un día lluvioso las montañas y los valles parecen realizar movimientos rítmicos, sutiles. Y que en un día soleado todo es brillante y estridente. Que la naturaleza ha estado siempre allí para recordarnos a los seres humanos que somos los únicos fugados de este mundo.

Varias canoas con grupos de personas dentro se mueven dócilmente sobre el agua que a esta hora luce como un espejo manchado. ¿Alquilamos una? ¿Quieres remar?, le pregunto a mi hijo, que manipula mi celular para ver si consigue señal. Quiere mirar YouTube. Apenas nos quedaremos aquí tres noches. Creo que pasarlas desconectados no nos hará daño. Hace una mueca mientras

continúa elevando con ambas manos el aparato sobre su cabeza. Decepcionado, me lo devuelve. Alquilo una canoa y empiezo a remar como si pudiera, sumergiendo el remo con rapidez, destrozar el tiempo, retroceder hacia los meses anteriores.

Avanzar contra las ondas del agua.

Borrar finalmente este paisaje con nosotros dentro de él.

¿Por qué no dejas de trabajar y te vienes a dormir conmigo?, le pregunté a Elisa la última noche que estuvo con vida. En el estudio, a esas horas, quizás continuaba revolviendo datos de su investigación. Aspectos del entorno, de la atmósfera y del agua de las Lagunas de Ozogoche. Intentaría, despojando el tema ancestral o místico de los nativos, comprender el suicidio colectivo de las aves. Si acaso llegaban agotadas de su viaje y simplemente se derribaban contra el agua. Si acaso los vapores sulfúricos de los lagos, o el cambio brusco de clima, las heladas temperaturas de la región, las zamarreaban y chupaban hacia las aguas. O, por último, si no era algún tipo de espejismo o reflejo distorsionado, causado por el sol sobre las aguas, durante ese mes de septiembre, el que confundía a las aves.

Aún no puedo dormir sin ti, reclamé.

Tú y tus pesadillas infantiles, me reprendió.

Sí, contesté. Aún soy solo un hombre primitivo que cuando duerme revive crueles ataques entre tribus. O que teme caerse de la rama de un árbol milenario.

Y que cuando ronca expresa un lenguaje salvaje de rocas y ceniza gris, dijo completando mi idea.

¿Y cómo vas con eso?, le pregunté intentando convencerla de abandonar su investigación y que se acostara conmigo.

Se sonrió y me sujetó del codo hasta llevarme nuevamente a la cama.

Pues he entendido finalmente que más que letras, tus ronquidos

son sustantivos-verbos. Pronto te mandaré un correo con mi progreso.

«Septiembre amarillo» es una campaña mundial que busca reducir las tasas de suicidios con estrategias de prevención. Incluso el 10 de septiembre es la fecha en que se conmemora el Día Mundial para la Prevención del Suicidio. Me es sumamente extraño que sea precisamente durante este mes, con la llegada de la primavera, cuando ocurren incrementos en las cifras de suicidios en varios países.

El mismo mes en que los cuviviés se suicidan sobre las aguas de Ozogoche.

¿El conocimiento de esto habrá incidido en Elisa cuando decidió suicidarse de forma tan dramática el año pasado? ¿O habrá sido simplemente cuestión del azar que ondula nuestras vidas manifestando, de a poco, que nunca hay moraleja final cuando persiste apenas un trazo de hielo tras la muerte de alguien a quien amamos?

Cuando regresamos a nuestra tienda de campaña, somos como dos alpinistas agotados que necesitan reposo de inmediato. Preparo rápidamente cuatro sándwiches de mermelada con mantequilla de maní que devoramos en segundos. Me alejo para orinar y le indico a Lautaro que se quede tranquilo, allí, revisando mi tablet. Quizás logre conectarse. Quizás pueda entretenerse con un juego antiguo de un lagarto que debe ingeniárselas en el submundo del alcantarillado de una ciudad para que el agua escape forjando rutas por debajo de la tierra. Ese es el único juego que tengo guardado en mi tablet desde hace años.

Decisiones, y no el azar, son lo que permiten a un jugador avanzar.

Observo a esta hora círculos iluminados y desperdigados sobre la montaña. Tiendas de campaña y fogatas que perforan las tinieblas como corazones palpitantes.

Miro detenidamente las ramas muertas de los árboles pensando

en lo que el viento no arrasa, hasta que se me resbalan las gafas de la nariz.

Una llovizna finísima aguijonea el área entera. No alcanzo a distinguir la porción de luz verdadera dentro del agua mientras cae. Rendido, Lautaro duerme profundamente. Sin embargo, en mi caso, el insomnio se materializa, como viene ocurriendo desde hace meses, en forma de una estatua negra, sin brazos, apoyada sobre una playa desierta.

Cuando cierro los ojos pienso en Elisa. Cuando abro los ojos pienso en Elisa. Y entre abrir y cerrar los ojos lo único que existe es un temor horrible sobre lo que nos deparará el futuro, a mi hijo y a mí.

No he sido un mal padre, pero quizás no logre ser mejor de lo que he sido ya.

La noción de que un individuo sin alma y derrotado anide bajo mi piel me lleva a frotar los ojos hasta enrojecerlos.

«No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio y es el suicidio», apuntó Elisa citando a Albert Camus en sus notas. Alguien que se rinde. Un individuo que cierra los ojos y se enrumba hacia el vacío.

¿Cómo puede saber alguien cuándo suicidarse es el último obstáculo?

¿Cómo se llega a tomar esta decisión sin mirar por varios segundos el pasado borrado y el futuro en blanco?

Se requiere –anotó mi mujer de algún otro estudio– de cierto nivel de sofisticada subjetividad para llegar a matarse. Subjetividad de la que suponemos que los animales carecen. ¿Mirarse desde adentro y desde afuera? ¿Comprender los límites de su cuerpo y del cuerpo del otro? ¿Contribuir con la manada o negarse y ser un paria? ¿Sentirse

excluido, por ejemplo, no podría empujar a cualquier animal a la tristeza y a la necesidad de acabar con dicha tristeza?

Por otro lado, ¿qué les hace pensar a los seres humanos que solamente ellos tienen conciencia de lo que son la compañía, el amor y la tristeza?

Quizás durante el mes de septiembre, en que miles de seres humanos se suicidan alrededor del planeta, se produce una ola enorme de tristeza que es captada por otras especies. Quizás el suicidio de los cuvivíes sí sea una ofrenda de la naturaleza.

O un modo trágico de comunicación.

Septiembre es ahora una plegaria y una conspiración en mi mente.

Septiembre fue el nombre que quiso adoptar el músico y poeta canadiense Leonard Cohen. Pensó, cuando inició su carrera, cambiarse el nombre por *September Cohen*. En la tradición judía, a la que el artista pertenecía, el mes de septiembre es la época más profunda, cuando Dios está en su trono y los fieles pueden acudir a solicitar misericordia. En este mes tienen lugar el Rosh Hashaná y el Yom Kipur. Se trata entonces del mes más espiritual del año para el pueblo judío.

Algo que no puede ser una coincidencia.

¿Existen los espíritus?, me pregunta Lautaro cuando se levanta como sacudido por alguna presencia extraña en el interior de su sueño. Mi madre me dijo que la mayoría de los árboles guardan los espíritus de nuestros antepasados. Cuando íbamos al parque repetía esto acariciando los troncos: que la energía de sus abuelos y de los padres de sus abuelos podía continuar allí; los acariciaba y les susurraba cosas que nunca entendía.

No lo sé, hijo. Durante algún tiempo pensé que tu madre metía

mariposas en la casa. Las hallaba siempre detrás de las cortinas del comedor. Prendidas de la tela o sobre el vidrio. Ella disfrutaba mirando cómo me costaba irlas moviendo con delicadeza hasta sacarlas. Se carcajeaba. Pensaba que les tenía miedo porque eran mariposas oscuras con rayas grises profundas. Era más difícil cuando se quedaban atrapadas entre los dos vidrios generando una especie de doble reflejo. Pero unos días después volvía a ocurrir. Y tu madre me decía: Mira, otra mariposa. A ver si esta se te hace tan fácil de echar.

En 1970 Gordon Gallup creó «La prueba del espejo». La idea era descubrir si los animales tienen conciencia de sí mismos frente a sus reflejos. Se basó en un experimento previo realizado por Charles Darwin. Se debía marcar con un tinte inodoro al animal y esperar a que este observara frente al espejo la marca y reaccionara mirándosela o intentando quitársela. Demostraba, de este modo, que el animal posee una conciencia clara de su realidad física. Esta prueba, que bebés, perros y niños menores de dos años no pasan, la superaron delfines, orangutanes, gorilas, elefantes, macacos, monos capuchinos, urracas, chimpancés, palomas y hasta un pez lábrido limpiador.

Esta prueba es la que muchos expertos consideran la evidencia de una subjetividad reflexiva, de una autoconsciencia. Algo que no impediría que los animales, guiados por su voluntad, cometieran el suicidio como lo hacen los seres humanos.

Sin embargo, la idea de que solamente los seres humanos tienen capacidad de elegir ha organizado durante años nuestras sociedades. Cuando era joven e irrespetuoso, me encantaba debatir con evangelistas y católicos sobre este tema. ¿Existe realmente el libre albedrío? ¿Aquella voluntad que hizo que Adán fuese responsable del planeta terrible que poblamos cuando eligió desobedecer y comer la manzana? El paraíso como un prado de animales obedientes sin decisión es un paraíso, si me lo preguntan,

infértil y aburrido. No me imagino, sin la desobediencia, qué cosas habríamos descubierto. Estudié varias teorías al respecto. Incluso aquella que menciona que un ser rodeado por opciones ya no es un ser libre. Como si para demostrar que un ser humano es verdaderamente libre, este tuviera que vivir sin la obligación de decidir nada. O acaso tomando una opción absurda que no formara parte del pliego de opciones frente a él.

Quizás elegir la muerte en lugar de la vida sí prueba en algo el libre albedrío.

Quizás elegir la soledad en lugar de la vida en comunidad también prueba la existencia del libre albedrío.

No lo sé. Por ejemplo, varios animales de distintas especies eligen entre ser o no ser parte de su manada. Entre realizar o no las actividades que por naturaleza se supone que deben realizar dentro de su grupo. Sospecho que un delfín o un simio que elige separarse y vivir por su cuenta quizás está aproximándose, con su gesto desobediente, a algo parecido a la libertad.

Pinto con libertad. O pinto guiada por un instinto que al menos a mí me hace sentir libre, dice la mujer con un español afrancesado que amortigua su lengua.

Lautaro le pidió que le explicara su arte: esqueletos de pescados con espinas enormes que entran y salen de las nubes. Había terminado por eliminar las cabezas dejando únicamente los esqueletos.

¿Y por qué no están vivos tus peces?, pregunta Lautaro intentando apoyar dos de sus dedos sobre la superficie de la tela. Ella lo detiene y sonríe.

Los vivos me aburren, ¿a ti no? Todo lo que está vivo y respirando o transpirando es un pretexto de la muerte, un rechazo temporal. Todo lo que está vivo tiembla, duda, empuja, llora, hace pucheros, se tambalea, oculta las heridas. En cambio, lo que está muerto, radicalmente muerto, está liberado finalmente a su naturaleza o su

relato. La naturaleza muerta, así como los seres fallecidos, están entrelazados con las raíces de algo inmutable que constituye la conclusión inevitable de la materia.

¿Y qué hay de lo que se recicla?, pregunta Lautaro. Mi madre decía que somos fragmentos, desechos de una misma estrella muerta. Que jamás hemos sido auténticos, por más auténticos que podamos creernos. Que solo somos reciclaje. O que es el reciclaje la forma transparente de nuestra existencia verdadera.

Hay un parásito, nombrado *Toxoplasma gondii*, que necesita atravesar el aparato digestivo de ciertos felinos como el gato. Igual que en los casos anteriores, para cumplir su objetivo, su ciclo de vida, termina alterando el comportamiento de otras especies. Por ejemplo, para viajar a través de un ratón, altera su sentido del olfato para que este, en lugar de huir de los gatos, se sienta atraído y los busque hasta ser devorado.

Modifica su sentido de supervivencia.

Modifica su velocidad.

Está atraído por la muerte.

Archiva su instinto.

Los ritos funerarios tampoco son inherentes únicamente a nosotros. Hay especies de animales que realizan ciertos rituales y que demuestran ser conscientes de la muerte. Los elefantes, por ejemplo, reconocen el sitio donde están enterrados sus familiares e incluso los visitan. Algunas aves se agrupan alrededor del muerto y emiten sonidos distintos. Los delfines sostienen a otros delfines fallecidos sobre la superficie del agua para que no se hundan. Los lobos aúllan en señal de duelo en el lugar donde uno de sus compañeros cae abatido.

En el año 2010, en una zona de Kenia, una jirafa permaneció

cuatro días junto al cuerpo de su cría, que falleció con apenas un mes de edad. Al parecer, otras jirafas hembras se unieron a ella en lo que pudo percibirse como un gesto comunitario de consolación.

Siento los pies fríos, dice Lautaro mientras escalamos otro montículo.

¿Podemos beber agua?, me pregunta como si el mundo hubiese dejado de existir y ambos fuéramos un par de nómadas atravesando el último páramo donde se sacude un pequeño grupo de aves por los cielos.

¿Dónde está la parte de tierra en la que no hay restos humanos o animales?

¿Existe alguna parte de este planeta libre de los rastros de la muerte?

Es un tema, a ratos obsesivo, que me persigue. Llevo años preguntándome sobre la cantidad de muertos enterrados debajo de la tierra. Veo huesos y polvo por todas partes. Hay gente que contribuye a no sobrepoblar esa zona de transición hacia el núcleo terrestre. Gente que elige la incineración y deja sus cenizas en ánforas metálicas que acaban decorando algún rincón de la casa familiar. No es tan descabellado preguntarte si incluso tu casa ha sido levantada, hace treinta o sesenta años, sobre un terreno donde alguien depositó un cadáver o donde algún animal llegó a morir, respirando ese último aire de una existencia que se borró como un lento barco en el interior de sus ojos.

Despidiéndose de nuestro problema de tener una memoria a largo plazo.

Hombres y mujeres, junto a sus hijos, organizan frutos y flores en círculos. Observo cómo van ubicando naranjas y piñas junto a pétalos de flores. Las nubes se mueven con una velocidad diferente hasta teñir de sombras el cielo sobre nosotros. A caballo, unos jóvenes, cubiertos por ponchos, se mueven sobre los pajonales hasta llegar a las orillas de la laguna. Están bordeándola y

vigilándola con elegancia antigua. Mirando si acaso han caído ya las aves. Entran por el sendero de tierra camiones cargados de gente, equipos, leña e instrumentos de música. Lautaro hunde la barbilla en su pecho y se pasa un trago largo de agua. Cuentan que los niños aquí son advertidos por sus padres de no subir a los cerros. Y que, hacia el final del arcoíris, existe un toro gigante que realmente es un hombre transformado. De repente, una hilera de puntos se mueve sobre las lomas, y alrededor nuestro, como si estuviera por arribar Jesús y subir lentamente hasta una cima para iniciar con el relato maniático del fin del mundo.

Espero con la tablet en la mano estudiando el sistema montañoso. Cuando volvió la señal de internet el sonido del audio de un video paralizó a Lautaro. Empezamos a revisar imágenes de fiestas pasadas en este mismo sitio. Turistas y empleados municipales de cultura las habían colgado en diversas redes para así estimular la visita hacia Ozogoche. La idea de mirar en video lo que uno está por presenciar en pocos minutos agrega una cantidad de expectativa dramática al suceso.

Cuando volvemos a perder la señal, Lautaro camina hacia la tienda de campaña de la pintora, pero no la encuentra. Ese es siempre su impulso: conversar con cualquier persona que pueda explicarle distintas perspectivas de cómo funciona el mundo.

Escucha, pero elige refutar.

Discute para quedarse con la sensación de que ha venido a poner un anuncio en la mente de los demás.

Algo que, indudablemente, heredó de su madre.

Dos hombres, con camisetas de la compañía en la que Elisa trabajó, se aproximan a nuestra tienda. Uno, el más delgado, con patillas gruesas y sonrisa trémula, lleva una cámara de video y unos audífonos colgando del cuello. El otro, más joven y robusto, de cabello alborotado y negro, revisa su teléfono y lo guarda en un bolso de cuero donde, adivino, reposa su laptop. Lo bambolea lentamente como si estuviera jugando con sus accesorios.

¿Usted es el esposo de Elisa Gándara?

Sí, respondo.

Diez minutos después están sentados con nosotros mirando el movimiento previo a la caída de las aves y las festividades.

Lautaro les pregunta sobre su madre. Las elevaciones desnudas bordeando la laguna brillan por segundos como el hierro más puro.

Nosotros recién habíamos sido contratados, dice el tipo de las patillas. Hace una pausa prolongada y me mira antes de continuar. Cuatro meses antes del accidente. Nos ayudó muchísimo con la investigación sobre los cuviviés. Planificamos viajar hasta aquí... Terminamos cancelando el viaje ese año... Ella cuidaba todo el tiempo de Buñuelo. Estuvimos con ustedes en su funeral, pero me parece que no lo recuerdan.

¿Buñuelo?, pregunta Lautaro y arroja una piedra pequeña hacia el agua.

Es un gato, respondo al paso, que tu madre adoptó. Me dijo que apareció en el piso del laboratorio y no quiso irse de allí. ¿Aún lo tienen?

No, responde el hombre más robusto. Lastimosamente desapareció al día siguiente del accidente de Elisa.

Vemos pasar al chico que está solo desde hace dos días. Es delgado y lleva el cabello descuidado hasta los hombros. Advierto sus facciones aindiadas ligeramente lúgubres. Lleva en la mano izquierda el tatuaje de un sol con los signos cardinales: Aries, Cáncer, Libra y Capricornio. Recuerdo de golpe que se llama equinoccio al momento del año en que los días tienen una duración igual a la de las noches en toda la Tierra, porque el sol se ubica sobre el ecuador. Lo que ocurre en dos ocasiones.

Los cuviviés son pájaros migratorios de la familia *Bartramia longicauda*, dice uno de los biólogos.

Sí, responde Lautaro. Vienen desde Estados Unidos. Llegan hasta nuestro país solo para morir. Como el viaje inverso de los migrantes ecuatorianos hacia Estados Unidos. Aunque muchísima de nuestra gente sí sobrevive.

Porque tienen que hacerlo, interrumpo el comentario de Lautaro. Esa pobre gente tiene que intentarlo.

¿Y los cuviviés no tienen que sobrevivir? ¿Ellos no tienen que intentarlo?

Me callo. Además, no pasará mucho tiempo hasta que él mismo observe que esas aves servirán de alimento para la comunidad. Que ese es su propósito.

La idea de haber arrastrado a mi hijo de nueve años a mirar el suicidio colectivo de unas aves, un suicidio que estudió su madre, y que era ella quien debía registrarlo y no nosotros, me genera un leve sentimiento de culpa.

Elisa que se suicidó estrellando su auto.

Elisa que estudiaba a los cuvivíes que se suicidan estrellándose contra las Lagunas de Ozogoche.

Elisa que no explicó nada y se arrojó envuelta en la niebla de sus pensamientos como el caballo de Aristóteles.

Elisa que ahora descansa como un cúmulo de huesos debajo de la tierra, donde desde hace miles y miles de años los huesos de los primeros reptiles y los primeros seres humanos reposan enredados.

Elisa que ahora es apenas una lápida a ras de suelo entre un montón de lápidas ordenadas, sobre un enorme valle a las afueras de la ciudad, donde puede leerse: «Hija, Esposa y Madre».

Elisa que, seguramente, sostenía con su mano mariposas oscuras que metía cautelosamente en nuestra casa solo para causarme pavor.

Este idéntico fenómeno ocurre en otro lado del mundo, dice el biólogo de las patillas. En Jatinga, un pueblo del estado de Assam en la India. Y ocurre exactamente en el mes de septiembre.

¿Quieres decir que en el mismo momento en que están muriendo aquí las aves otras están muriendo allá en la India?

En el año 2011, en China, un hombre denunció haber presenciado cómo una madre osa, oyendo el llanto de su cachorro al que le habían introducido un catéter para extraer bilis de su vesícula biliar con propósitos medicinales, se liberó y corrió hasta donde estaba para proceder a asfixiarlo. Lo asesinó para que no continuara sufriendo por los experimentos humanos.

Luego, corrió a estrellarse de cabeza contra una pared y murió.

La noción de lo que aquel dolor infligido a su cachorro significó para la madre osa, o esa necesidad de acabar con el dolor de su hijo y el propio, me causó una gran impresión. Pasé una semana entera imaginando la sombra de una osa corriendo por los pasillos de un oscuro galpón destartalado o de un laboratorio industrial.

Mantenía los ojos cerrados cuando la sombra gemía y se estrellaba contra un muro.

Contar con la noción de la piedad es tener una conciencia autorreflexiva que, fácilmente, se traslada al otro. Los seres humanos sufrimos cuando nos provocan un dolor; pero también sufrimos cuando miramos un dolor provocado en otra persona. Empatía que incluso nos arranca lágrimas durante la proyección de una película. Nos ocurre algo parecido cuando observamos detenidamente algunos animales. ¿Los humanizamos? Sobre este tema recuerdo una línea del filósofo Henri Bergson en su libro sobre la risa. Bergson sostiene que no es el animal el que está sonriéndonos, sino más bien es el deseo humano por que esté sonriéndonos un tigre o una lechuza lo que nos emborracha de júbilo.

Sin embargo, algo que diría Elisa es que no tenemos empacho alguno en comernos a los animales que acariciamos con nuestras propias manos.

Mi padre siempre contaba una historia, parpadeando lentamente, como si hubiera forma de resolverla. Constantemente la repetía después de unos cuantos tragos. A los siete años, en su pueblo apostado en una región de la costa, encrespado de silos de arroz y atravesado por un delgado río de aguas oscuras, su madre llevó un día un cerdo a casa. Como cualquier otro niño, mi padre se encariñó con el cerdo acomodándolo en su propia habitación. Le leía cuentos por la noche y por las mañanas jugaba a perseguirlo. Le puso un nombre: Pezuña. Y, según iba su historia, fue su amigo más de un

año. El problema es que el cerdito solo obedecía a mi padre. Jamás se movía de su lado. Por lo que no le hacía caso a ningún otro miembro de la familia. Tuvo su madre que pedirle que hiciera salir al cerdito y lo llevara hasta el patio, antes de irse a la escuela. Al volver, no encontró a Pezuña en el patio ni en su habitación. Aunque sí encontró a su familia entera reunida alrededor de la mesa, esperándolo, para devorar un pernil al horno con un grumoso puré de papas.

El ruido de instrumentos andinos empieza a crecer. El viento atraviesa los pajonales y parece mecer ligeramente las tersas aguas de la laguna Cubillín. El humo asciende como una capa frágil rasgándose en el cielo. El nombre «Ozogoche» proviene del jíbaro *ushu*: «glotón deseoso de comer carne» y *juchi*: «estar solo». Algo de canibalismo hay en todo esto. Algo de agujero abierto y de borrón fugaz. Algo bastante primitivo como la lava apelotonada al fondo de un lago. La leyenda apunta a que los cuviviés se arrojan a las aguas para ser devorados en un ritual suicida y sagrado. A que son seducidos por el brillo de la laguna.

¿Qué vincula a quien va a ser devorado y a su devorador si no el íntimo amor?

¿No es extraño que tanto el acto del amor como el acto de comer sean intentos por hacer desaparecer otros cuerpos?

Aunque en ambos casos siempre queden vestigios: secreciones, temblores, huesos, piel, carapachos, fotografías, pelo, olores, sentimientos.

Pienso nuevamente en mi padre y su cerdo mascota. En su relato sobre la mentira del mundo que quizás sea el relato sobre una de las verdades más profundas de este mundo.

Miro la tristeza en la curva de su boca.

Miro la fragilidad de ese niño que comprende que todo lo que un día amó puede desaparecer incluso en la curva de su boca.

Dejando un sabor incomprensiblemente agradable.

Lautaro se deja guiar por Lucrecia. A primera vista, turistas y personas de la comunidad se mueven en las cimas amortiguando el ruido de sus pasos sobre la paja desordenada. Anticiparse a la muerte, adelantarse a un suicidio colectivo, se siente como inventar el sonido hablando en susurros. Todos están pendientes de lo que está por ocurrir. Pulverizan con sus muelas el asombro que haría llorar a multitudes, de ser otros los seres que están por suicidarse.

Yo me muevo por detrás de los niños con el aviador anciano y los dos excompañeros de trabajo de Elisa. Aunque no tengo mayor deseo de hablar sobre esa ausencia que nos vincula, de modo raro y dramático, un espacio oscuro, que demanda ser llenado por lenguaje, se revela paso a paso.

¿Y finalmente descubrieron por qué se suicidan los cuviviés?, pregunto apartando la cara del aviador, aunque ubicándonos a los cuatro dentro del mismo misterio.

Es como un error. Por la razón que fuera, aún no podemos determinar su origen.

Se cree que para suicidarse se requiere de un pensamiento a largo plazo. En otras palabras, se requiere imaginar un futuro en el que uno ya no estará más. Algo que no deberían tener los animales, dice el segundo.

Quizás deberían revisar los vientos y las presiones atmosféricas, indica el aviador anciano.

No lo sé, dice el biólogo de las patillas, es más bien como un error de la naturaleza. Es como si algo así tuviera que ocurrir para que la mitología de estas lagunas y montañas jamás se acabe del todo. Realmente, más que estrellarse, simplemente se desploman. Y si se desploman, aquello no debería ocurrir nuevamente.

¿Y por qué no?

Porque ese impulso, llamémoslo así, debería haber sido suprimido por la selección natural. Cuando un comportamiento pone en peligro a una especie, el animal se reproduce menos, y las próximas generaciones nacen depuradas. Las aves que se suicidaron no se reprodujeron, por lo que no debieron transmitirse en las siguientes generaciones los rasgos que las ponían en peligro. Sin embargo, el

suicidio de estas aves sigue ocurriendo. Y eso lo hace incomprensible.

Me parece que Elisa tampoco pudo dar con una explicación concluyente. Quizás si hubiera tenido el tiempo para observar el fenómeno ella misma. Quizás si hubiera esperado a que el lenguaje de las aves sobre este lugar se abriera con mayor claridad, y no fuera una mentira.

O un mensaje sin texto.

Cuatro seres vivientes. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. Cara de hombre. Cara de león. Cara de buey. Cara de águila. ¿Por qué los cuatro seres descritos por el profeta Ezequiel tenían cuatro caras? ¿Y por qué cada una de ellas era la fusión de un humano con tres animales? Quizás estos seres o animales antropomorfizados ingresan en la Biblia como una advertencia y un rasgo de divinidad. Algo que los griegos también hicieron.

Desde la escultura del Hombre león de Alemania, de treinta y dos mil años de antigüedad, hasta Mickey Mouse, siempre ha existido la necesidad de humanizar a los animales o de animalizar a los hombres. Hasta la fecha no hemos dejado de imaginar cerdos, gallinas, caballos, ratas, vacas y murciélagos como personajes de películas y cómics.

Pero los investigadores han ido más allá.

Se ha descubierto que tanto los cuervos como algunos primates emplean herramientas para capturar insectos, mostrando una capacidad cognitiva notable. Incluso los cuervos, a quienes también les adjudican el conocimiento de ideas abstractas, emplean un mango o asidero para sujetar un objeto. Algo que se había considerado como uso exclusivo del ser humano. Los pulpos planifican y construyen con cáscaras de cocos sus refugios. Y los grillos eligen y perforan hojas grandes para amplificar el sonido de sus cantos, que son necesarios para llamar la atención de una pareja y lograr la reproducción.

Siendo así, no parece tan difícil desmontar la idea de que únicamente la especie humana posee ingenio y sensibilidad.

El olor a quemado impregna nuestras ropas. Las fogatas de los comuneros elevan sus llamas al cielo. Ponchos y vestidos de colores rojo, fucsia y azul flotan por todas partes. Los ruidos vibrantes de sus instrumentos cortan el aire y despiertan la algarabía hasta tocar el corazón de chicos y viejos. Las mujeres se agitan haciendo círculos contra el movimiento solar, contra el tiempo, contra la muerte y sus huellas. Los hombres en esa lengua extraña, pero que es únicamente nuestra, apresuran al viento unos discursos cubiertos de relámpagos verbales.

Ya está llegando la muerte.

Ya está llegando el gran sacrificio.

Ya está llegando un torbellino de tristeza a celebrar el calor de los vivos.

Ya está llegando la muerte que se convertirá en alimento para los comuneros.

Una muerte que alimenta, que purifica.

Un funeral contemplando las brasas.

Una vida ajena que saboreará otras muertes.

Los bailes marean a todos los que estamos mirando el espectáculo de espaldas al agua que se ha tornado tan negra como el cielo.

Bordeado de estas elevaciones verdes, cubiertas por rápidas sombras, oímos la aproximación fortalecida de unas alas. De cientos de ellas. Y nuestros rostros, parcialmente con gestos de león o de buey o de hombre, se paralizan rápidamente mirando hacia el cielo.

¿Por qué Elisa decidió un día estrellar su auto? ¿Qué insana idea tapó la mitad de nuestra vida juntos y destapó un abismo frente a sus ojos?

No lo entiendo. Llevo casi un año intentando responder esta pregunta. He revisado sus cosas, sus informes, sus correos personales. Me convertí en el detective de un fantasma: en un perseguidor de mi propia esposa. En un espejo sin reflejo. En el temblor de unos dedos que se deslizan a oscuras sobre las paredes del pasillo hasta dar con el interruptor.

Terminé contaminándome de sus temas y sus obsesiones. Cuando hallé su lenguaje hecho de mis ronquidos me puse a llorar. Existen tres tipos de ronquidos principales –especificaba– en su análisis: nasales, de la garganta y de la boca. Sin embargo, ninguno de los que tú haces es tan simple para encajar en esta tabla. He descubierto que los nasales, aquellos que en tu caso emergen como si un raro serrucho se afilara contra unos barrotes oxidados, contienen repeticiones, cacofonías interesantes que van acompañadas por movimientos oculares o leves agitaciones. ¿Ves fantasmas cuando duermes? ¿No serán tus pesadillas, más que el retorno a la memoria primitiva, un encuentro con los monstruos que rondan lo onírico y que solo pueden ser vistos por aquellos que padecen de parálisis de sueño? Esto habría que empatarlo con tus dibujos, querido. Aunque, igual, me animo a continuar con la idea de organizar tus bramidos en palabras o conceptos.

Sus palabras se quedaron flotando frente a mis ojos un largo rato. Seguí leyendo su documento donde podía de algún modo mirar nuevamente su cara, sus ojos luminosos, su quijada partida y sus hoyuelos. Revisé todas las descripciones con las que fue organizando mis ronquidos. Lo hice para que no sobreviniera el olvido. Peleando contra la memoria. Sin entender que es precisamente de ese modo, peleando contra la memoria, como todo lo que una vez amamos y recordamos se convierte en olvido.

Siempre me ha agobiado la idea de que exista gente que realice actos arbitrarios y que aquello los derive en una vida próspera, donde a pesar de los cambios nada más extraño se materializa. Casi

como si lo que hubiese ocurrido fuese producto de un azar natural. A pesar de mi discusión durante la juventud sobre el tema del libre albedrío, yo sí creo que la mordedura en la manzana que cambió nuestra geografía vital fue un acto premeditado.

«No creo en los actos desesperados. Solo creo en los actos fundados», escribió Albert Camus. ¿Qué quiso decir con esto? ¿Por qué no tendría valor un acto desesperado, como el de un suicida o el de un guerrillero? ¿O el de un padre que decide entregar su vida por la de su hijo?

Por qué diría esto precisamente él, un existencialista que creía que algo de azar había en el escritor a la hora de elegir sus materiales. Precisamente él, que encontró la muerte en un auto por la carretera de Borgoña, cuando su editor Michel Gallimard perdió el control y chocó contra un árbol. El escritor francés no tomó una decisión suicida. Eso es cierto. Él no iba manejando el vehículo. Sin embargo, sí decidió no regresar antes con su familia en tren y quedarse para volver dos días después a París. Su decisión, atravesada por el azar, por el destino fatal, terminó pareciéndose a un acto indócil.

Quizás no hay actos fundados ni desesperados. Quizás todos los actos o decisiones que tomamos son más o menos lo mismo. Y son sus resultados los que terminan definiendo la naturaleza de estos actos.

Por otro lado, no sé si al venir a un lugar donde no estuve con Elisa estoy precisamente intentando encontrarme con un lado desconocido de ella. En todos estos meses lo que he hecho es bucear por cada uno de los lugares donde fuimos felices. El viaje en auto hasta la escuela de Lautaro, desde donde miro la realidad a través del parabrisas flotando indolente, los mismos padres con sus hijos, los profesores y los edificios amarillos, es una constatación del vacío ampliándose desde su espacio abandonado a mi lado.

Nadie me ha obligado a continuar como si mi esposa no hubiese muerto.

Nadie me ha llamado con impaciencia a exigirme que siga con mi vida.

Ha sido la vida misma, su ritmo frenético y cruel, la cotidianidad con sus verdes paisajes, ángulos y residuos domésticos, apretándome contra los horarios y las obligaciones paternales, lo que me ha empujado a continuar como si nada hubiese ocurrido.

Es espontáneo el modo en que la vida aplasta a la muerte o a lo que muere. Seguir con vida es algo que se ejecuta, o que solamente puede ocurrir, contra la vastedad de las pérdidas humanas que existen a diario.

Y ahora que estoy de pie en este sitio mágico y ancestral, brillando frente a las fogatas como un pez muerto entre las piedras del río, solo viene a mi mente la imagen de la madre osa. No puedo pensar en nada más.

En esa madre osa que salva a su cachorro asfixiándolo.

En esa madre osa que decide estrellar su cabeza contra la pared para ponerle fin a su sufrimiento.

¿Cuál fue el sufrimiento que guardaba mi mujer y jamás advertí?

Me siento incompetente. Llevo casi un año sintiéndome así. ¿Cómo es posible que los seres vivos, dentro de un mismo hogar, no puedan percatarse del dolor de alguno de sus miembros?

Con la mente un poco nublada por la música a mi alrededor, tomo la mano de Lautaro, quien sigue junto a Lucrecia con la mirada clavada en el cielo. Están esperando la materialización del ruido sobre nuestras cabezas.

Y justo antes de que una bandada de aves atraviese el negro cielo huracanado, el grito de una mujer al pie de la laguna irrumpe con fuerza.

2. Estrella Perro

Alberto Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Es una leyenda. No, no me refiero al suicidio colectivo de los chorlitos o cuviviés. Me refiero al tesoro de Atahualpa. Por eso traje ese equipo que ustedes encontraron en mi tienda de campaña. Tonterías de viejo, ya sabe. Sobre el muchacho muerto, nada puedo decirles. Una tarde me pidió fósforos. Tenía en la mano izquierda el tatuaje de un sol con los signos cardinales. Recuerdo eso. Y apenas mencionó cómo se llamaba. Como andaba con mi nieta en mis asuntos, tampoco me interesó preguntarle nada más. Pero si dicen que se ahogó en la laguna, pues eso, se ahogó. Quien encontró su cuerpo flotando fue una abogada quiteña. Cuando gritó terminó arruinando las festividades. Los indios ya estaban bailando y organizando el espacio donde cocinar las aves. Pero ese grito, o el cuerpo del muchacho semidesnudo y flotando, pues, cambió los ánimos de la gente. La mayoría acudió hasta el sitio para mirar el cadáver. La curiosidad, ya saben. Otra gente sintió miedo y decidió irse inmediatamente de allí. Nosotros sí nos quedamos. Sobre el muchacho: quizás andaba drogado y se metió a bañarse y se le borró la película. O se le fue la olla, como dicen los españoles. Sí, señores, yo fui aviador de la Fuerza Aérea del Ecuador. Luché en Tiwintza. Anote bien esto último.

Camille Perra. Alausí, 13 de septiembre de 2019

A mí ustedes qué me preguntan. Soy francesa. Llegué hace algunos años. He vivido en varias ciudades. ¿Cuántos? Seis. Llegué hace seis años y me quedé primero en Quito. Después pasé una temporada entre Cuenca y Riobamba. Vine hasta las Lagunas de Ozogoche porque quería pintar la muerte de los cuviviés. He seguido la noticia desde hace algunos años. Dicen que pronto dejarán de

llegar. Que en Estados Unidos hay gente preocupada. Por eso este año me apresuré a venir. Me gusta pintar la muerte, ¿saben? He dicho ya que no vi nada. Y que en esos tres días no me crucé con el muchacho muerto. Por cierto, ¿cuántos años tenía? ¿Veinte? Qué lástima. Los cadáveres de los jóvenes suicidas son casi tan bellos como las estrellas fugaces.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

En diciembre cumpliré los trece. Yo sí conversé con Pablo, con el chico que se suicidó. ¿Pablo García? Nunca nos dio su apellido. Bueno, ambos, Lautaro y yo conversamos con él la noche anterior. Lautaro es el niño huérfano, hijo del profesor de Filosofía que usa unos anteojos redondos y lleva la cara larga con un lunar debajo del labio.

Margarita Miño. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Los turistas habían subido para celebrar el Festival Turístico Cultural. Mi esposa se había adelantado porque yo no me sentía muy bien del estómago. Me habré demorado unos treinta minutos en salir de mi tienda. Yo sabía que los cuviviés debían caer en picada sobre la laguna. Sabía que era algo que estaba por ocurrir. Pensé, de repente, que quizás contaba con suerte y podría mirarlos caer y capturar algunas imágenes con mi teléfono. Más que la idea de la tragedia del suicidio, era la idea de un acontecimiento sin explicación lo que nos trajo hasta aquí. Me acerqué despacio. Miré hacia las otras tiendas de acampar que lucían en completo silencio. Imaginé que todos estaban ya arriba, vibrando al ritmo de la música y los

rituales. No podría explicarles por qué me pareció, apenas vi ese cuerpo volteado sobre las aguas, como un pedazo de remo. Seguramente mi mente torció la imagen para que no me erizara o congelara del miedo. Fue entonces cuando me acerqué y descubrí que se trataba de la espalda de una persona.

Alberto Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Dicen que en la Laguna Negra de Atillo estaría ese tesoro. Sí, el de los incas. Sí, sé que mucha gente muere buscándolo. Tampoco es que vine a buscar el tesoro de Atahualpa que escondió su general Rumiñahui. Traje a mi nieta a revisar este fenómeno de la naturaleza, la caída de esos chorlitos, que nadie puede explicárselo. Fue la única de mi familia que quiso acompañarme. Eso, primero. Conozco las leyes. Sé que de hallar ese tesoro tendría que devolvérselo al Estado ecuatoriano. Ahora, igual sé que un porcentaje podría entregarme el Estado por mis servicios. Soy un aviador, un militar retirado, que vive de su pensión. Y no es mucha plata, ¿saben?

Martín Valera y Carlos Rivas. Alausí, 15 de septiembre de 2019

Fuimos nosotros los que llamamos al 911. Conseguimos señal, por suerte. Aunque algunos comuneros ya estaban pensando en llevarse el cuerpo del muchacho hasta Alausí. Alguien, incluso, habló de enterrarlo y continuar con las festividades como si nada hubiera ocurrido. Pero nosotros somos biólogos. Somos científicos responsables. Trabajamos para BioParker Care. Pueden quedarse con la tarjeta. Lo vimos caminando un poco antes de la tragedia.

Pero tampoco es que uno le mire la cara a alguien y pueda determinar, solo por mirarlo unos segundos, que esa persona está por cometer una locura, ¿cierto? No sabemos de qué puedan servirles nuestros testimonios. Bueno, yo no hablé con el muchacho fallecido. Pero él, Carlos, sí conversó a nuestra llegada con Pablo García.

Daniela Velasco. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

La idea fue de Margarita. El suicidio, realmente, no es un tema del que me guste hablar. Soy arquitecta. Mi vida tiene cierto orden, cierta estructura. No sé si me entienden. No se trata de ser alguien con un título universitario. Se trata de que a mí me gusta la uniformidad y no el descontrol. Margarita fue quien quiso hacer este paseo. Tal vez creyó que sentiría algún alivio cuando atestiguara ese suicidio colectivo de las aves. Durante su adolescencia, su hermano mayor, Pacho, un poeta, se suicidó con una escopeta en la hacienda familiar. Ella hasta ahora guarda el único libro que él publicó con apenas diecinueve años.

Carlos Rivas. Alausí, 15 de septiembre de 2019

Sí, yo conversé con Pablo García. A raíz de nuestra investigación sobre el suicidio de las aves, nos dimos cuenta de que en el mes de septiembre aumentan los suicidios humanos. ¿Es que ustedes ya entrevistaron a todos? Antes de venir hasta Ozogoche, habíamos concretado con el equipo, después de leer los archivos de la bióloga Elisa Gándara, que lo apropiado sería realizar dos estudios casi al mismo tiempo. Uno en la ciudad; otro en las lagunas, revisando las motivaciones que tuvieron los turistas para llegar hasta Ozogoche y

acampar con nosotros. Quizás el fenómeno podía extenderse entre las especies, ¿entienden lo que digo? Los suicidios son catástrofes, accidentes, que invitan a ser resueltos. Cuando alguien se suicida siempre deja interrogantes. Naturalmente, nuestro trabajo solo tenía que ver con los cuviviés. Lo otro era, como les digo, producto de una hipótesis rara. Sin embargo, lo que terminó ocurriendo el tercer día, ese evento tristísimo, nos dio la razón.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

¿Ustedes han leído *El club de los suicidas* de Robert L. Stevenson? Soy una gran lectora por culpa de mamá. Ha sido ella quien se niega a que mis hermanos y yo tengamos una educación basada en las películas y series de Amazon Prime o Netflix. Compra libros por montones. Incluso los compra sin haber terminado de leer otros. Por eso en casa hay cajas apiladas con libros plastificados o semileídos en los armarios y en la bodega de la cocina. La biblioteca de la sala ya no da abasto. Papá, no. Papá es un abogado muy práctico que guarda en su oficina tomos gordísimos de leyes en libros forrados en cuero. A mí me gustó mucho ese libro que les mencioné: *El club de los suicidas*. La historia es sobre un grupo de personas que quiere matarse pero que no encuentra la forma o el valor para hacerlo por su cuenta. Es así como uno de los personajes principales, junto con su amigo, termina siendo invitado a este club secreto donde todas las almas atribuladas se reúnen. Luego, después de haber pasado un rato en sus instalaciones, todos los miembros realizan un juego para decidir, esa misma noche, quién de ellos se convertirá en el verdugo y quién se convertirá en la víctima. Entonces, para morir, tienen que acordar en asesinar también. ¿Qué juego?

Camille Perra. Alausí, 13 de septiembre de 2019

Mis pinturas se venden en la Galería Klaere en Guayaquil. También vendo obra a gente amiga de gente que me contacta privadamente a través de mi cuenta de Instagram. Revísenla para que consigan entender mi trabajo. Es arrobacamilleperra. Todo en minúscula. Allí verán que el tema de los animales muertos no es nuevo. Allí verán mi etapa con conejos, elefantes, cocodrilos, faisanes y chimpancés. Sí, también pinté en algún momento gente muerta. Era muy agnóstica antes de llegar a esta tierra de gente tan religiosa. Incluso pinté algunos cadáveres, persiguiendo la luz irregular en las heridas, como lo hizo alguna vez Caravaggio.

Margarita Miño. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Tampoco se tomen tan dramáticamente las palabras de Daniela. Ella, sobre ese tema, guarda varios rencores. Jamás conoció al Pacho. Jamás quiso leer sus poemas. Siempre le molestó mi negativa a cerrar ese recuerdo. Como si una pudiera decidir un día olvidarse de un familiar, de un ser querido, que se fue de este mundo siendo muy joven. Cuando le pedía que me acompañara a la hacienda familiar, a las afueras de Quito, encontraba diez excusas. También es cierto que algo de miedo le daba ir hasta allá y quedarse a dormir. Imagínense una hacienda de cien años, en la vía a Otavalo, con balcones de piedra y tejas tornasoladas. Imagínense una hacienda donde el ruido del viento baja desde las montañas y azota las ventanas tan heladas como la madrugada. Imagínense unas habitaciones donde la madera cruje al mínimo paso. Con un pozo de agua que está siempre seco.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Todos los caballeros pasan a otra habitación, donde se les reparte una baraja de cincuenta y dos naipes. El miembro del club al que le salga el as de bastos tendrá esa noche que asesinar al miembro al que le salga el as de espadas. Así, finalmente, el suicida incapaz hallará la muerte esa misma noche en manos de otro de los miembros de su club.

Walter Guambo. Parque Nacional Sangay, 24 de octubre de 2019

Esta vez llegaron menos aves que el año pasado. Cada año llegan menos. Cuando miramos la nube negra y veloz, agitándose para acabar precipitándose sobre las aguas, me di cuenta de esto. Muchos imaginan que estamos haciendo algo mal. Que los dioses están cabreados. ¿Ustedes vieron el ambiente? ¿Sí les gustó? Cuando las aves cayeron aún no habíamos sacado el cuerpo del chico que se ahogó. Creo que a la gente le disgustó la idea de realizar un festín después de lo que pasó.

Martín Valera y Carlos Rivas. Alausí, 15 de septiembre de 2019

Nuestra investigación comenzó hace más de un año. A la empresa le interesa el tema por obvias razones. La extinción, la posible extinción de los cuviviés, es la principal. Deben entender que cuando una especie desaparece también ocurre un ciclo de desequilibrio ambiental. ¿Por qué se suicidan en Ecuador y en la India al mismo tiempo? Aunque allá, en la India, son otras las aves que eligen una

muerte del mismo modo. ¿Por qué están llegando menos cuvivíes a suicidarse con el paso de los años? ¿Y por qué el suicidio en el mundo animal no es un tema que a los seres humanos les preocupe? ¿Es posible que un día asistamos a un lamentable espectáculo de muerte y delirio de otras especies? ¿Pueden los síntomas de una especie pasar o «contagiar» a otra? Varias son las preguntas, como podrán darse cuenta.

Alberto Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Tenía el cabello largo. Cuando salía de su tienda de acampar lo llevaba prácticamente sobre el rostro. Apenas se podían percibir sus ojos como dos cucharas frías e inyectadas de sangre. Caminaba como si estuviese incómodo con su propio cuerpo. Cosa tan rara. Apuntaba algunas cosas en una libreta. Le presté unos fósforos. Dijo que me los devolvería. Le respondí que no era necesario. Que contaba con un mechero. Como les conté, yo me dediqué a revisar los otros espacios. En especial la Laguna Negra de Atillo. ¿Si me metí? Sí. El primer día alquilé un bote y me quedé inspeccionando su superficie. Llevé a mi nieta conmigo. Dimos varias vueltas. Habremos pasado al menos unas dos horas allí.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Sí, mi abuelito tiene una gran obsesión con el tesoro de los incas. Es necio al respecto. Se le ha dicho ya que ese tesoro ni siquiera

existe. Mi papá y mis tíos se lo han dicho. Que es solo una leyenda que nos cuentan en la escuela. Que quizás los incas se lo inventaron y se lo dijeron así a los españoles para que los dejaran en paz. Quién sabe. Pero él se obsesionó tanto que incluso recopiló información durante años, en diarios y revistas, sobre otras expediciones, sobre europeos y gringos que habían venido a Ecuador a escalar montañas e internarse en los valles y las selvas para dar con ese tesoro. ¿Si saben ustedes que incluso la primera película ecuatoriana se llama así? Sí: *El tesoro de Atahualpa*. Lo más extraño es que esa película también desapareció. Pero, en ese caso, son cineastas los que se pasan décadas metidos en bodegas de cines clausurados y se internan en departamentos de viejos empleados de cinematecas, buscando esa cinta.

Walter Guambo. Parque Nacional Sangay, 24 de octubre de 2019

Sacrificio a la Pachamama. Por gusto buscan otras explicaciones que no existen. Como si las bajas temperaturas de este sector no ocurrieran siempre, en otros momentos del año. Y ustedes por eso no ven desplomarse desde el cielo a ningún pajarito. Menos a toda una bandada de aves. Mis padres y los padres de mis padres han visto lo mismo. Académicos y científicos independientes o de corporaciones vienen aquí a husmear cada año. Necesitan hallarle otra explicación. Pero ni la encuentran. Ellos son necios con ese tema. ¿Qué se imaginan que descubrirán? ¿Que nosotros mismos matamos a las aves para crearnos una festividad y tener turistas? ¿Que tenemos comuneros disparando flechas al cielo o inventando leyendas raras por ahí? No. Respeten las creencias. Estos bellos chorlitos atraviesan el continente entero. Imagínense eso ustedes. Viajan desde tan lejos solo para acabar en nuestros cielos. Pero esos académicos y científicos están algo locos. Al final, todos ellos se van con las mismas manos vacías con las que llegaron. Pero igual sí disfrutan de las fiestas y se devoran los cuviviés. Y eso está bien.

Eso, a nosotros, nos agrada. Porque el sentido de ese sacrificio es darles de comer a las aguas de las lagunas y a los hombres de la tierra.

Carlos Rivas. Alausí, 15 de septiembre de 2019

Tanto Pablo García como Leónidas Castro, al igual que Margarita Miño, tenían una vinculación con la pérdida de un ser querido. Me refiero a que tenían algún pariente que se había muerto y cuya pérdida no lograban superar. Por eso no me asombró encontrar, entre todos esos turistas, al viudo de Elisa Gándara. De hecho, era predecible que viajara hasta este lugar. Está buscando respuestas, ¿me entienden? Algo pensó que hallaría en medio de ese jolgorio andino. Incluso, en el caso del viejo aviador con su nietecita, ella, Lucrecia, su nietecita, parece haber desarrollado una extraña afición por historias y relatos sobre el suicidio.

Daniela Velasco. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Viaja con ese libro a todas partes. No exagero. Es verdad. Pero es que lo llevó hasta nuestra luna de miel a México con la excusa de que había una línea en que su hermano mencionaba algo sobre unas ruinas aztecas. Acá lo trajo también. Ella cree que hallará pistas entre esos versos sobre por qué un día ese chico se pegó un escopetazo en la cabeza. Se titula *Domesticación y olvido*. Poco entiendo de la poesía. Y lo que Margarita me ha leído se me hace muy entreverado, muy melancólico, muy inmaduro. ¿Que si ella ha intentado suicidarse? No, nunca. ¿Violenta? Depende de a qué tipo de violencia se refieran ustedes. Hemos tenido nuestras peleas como cualquier pareja. Esas riñas en las que una dice cosas de las que

luego se arrepiente pero que son casi imposibles de borrar. Realmente a los seres humanos les atrae el dolor, se les impregnan los golpes recibidos por todas partes. Tienen una facilidad para olvidar los momentos tiernos y los gestos generosos. Pero también una enorme dificultad para olvidar las agresiones recibidas.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

¿Ustedes conocen a un autor francés que se llamó Jacques Rigaut? Dicen que fue el más radical de los dadaístas. ¿El dadaísmo? Fue un movimiento artístico muy loco, dicen eso, que solo nació para contrariar a todos. O para cuestionar nuestra lógica. Apareció después de la Primera Guerra Mundial. Rigaut –realmente no sé muy bien cómo se pronuncia– Rí-gá-út o Rigout escribió un libro sobre el mismo tema que tituló *Agencia general del suicidio*. Se cuenta que esta agencia, que sirve para ayudar a los suicidas a cumplir con sus metas, tiene su sede en París. Específicamente en la calle 73, boulevard de Montparnasse. Siempre me he preguntado dónde estarán sus otras oficinas. Si acaso a un inglés, un ruso, o hasta a algún colombiano no se le habrá ocurrido abrir una sucursal de esta agencia en su país. La verdad es que su propósito, parecido al del relato de Robert L. Stevenson, no es para matar o para desearles la muerte a los vivos. Es, lo he comprendido siempre de este modo, para ayudar a los infelices.

Camille Perra. Alausí, 13 de septiembre de 2019

Pinto todo lo muerto. Cadáveres y animales. Ahora que lo recuerdo mejor, ese Pablo García no dibujaba. Sí, me fijé en ese

muchacho de pelo largo y oscuro. Pasé muchas horas pintando fuera de mi tienda con el caballete montado al pie de la laguna. Me parece que lo vi escribir y mirar hacia el cielo por la noche. Oteaba alguna cosa en las estrellas.

Pacho Miño, del libro *Domesticación y olvido*

Quien va a morir, como yo, no sabe mirarse en el espejo. Víbora de plastilina derretida con los ojos de un mamífero envuelto en colchas. Mi nombre no es mi nombre: me llamo Adiós y me llamo Septiembre. En esta mano, que duele, hay cuentas mal hechas. En esta otra: flores que no sobrevivirán.

Pablo García, notas de su libreta «Nostalgia animal»

¿Cuántas vacas han desaparecido en el estado de Maine? Un hombre solitario, sin familia, un día se ahorcó y después de eso una de sus vacas cayó en depresión. Esa vaca triste contagió con su tristeza a las otras vacas de su manada. Todas la siguieron a la muerte arrojándose de un risco. ¿Pudo haber sido su mascota?

Leónidas Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Aunque han demorado en venir, imaginé que vendrían. No, no mantengo contacto con ninguna de las personas que conocí ese terrible fin de semana en las Lagunas de Ozogoche. Elegí ese paseo porque no quería que mi hijo tuviera que lidiar con la misa al año de la muerte de su madre. Sí, mi esposa, Elisa Gándara, se suicidó en su auto en septiembre del año pasado. Tampoco entiendo qué

piensan que pueda decirles que les sirva de algo para esclarecer lo que, a todas luces, fue un suicidio muy feo, muy dramático, muy horrible. Sobre todo para mi hijo, que tuvo que ver cómo sacaban el cuerpo de ese pobre muchacho de la laguna. Apenas escuché su nombre ese día y después en las noticias. Cuando volvimos me tocó otra vez intentar borrarle a Lautaro de la cabeza ese evento dramático. Como si no hubiese sido suficiente el duelo con el que aún estamos lidiando.

Lautaro Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Me habló de su perro. Me habló también de otras mascotas. De un perico que su abuelo había tenido de niño. Me contó que su perro se había llamado Asteroide. No sé si estaba triste. La verdad, tampoco me di cuenta de si mi mamá estaba triste. Creo que a veces la gente se pone triste y los demás no nos damos cuenta.

Alberto Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

¿Si busqué el tesoro? Realmente pensaba hacerlo esa misma tarde. Pues era ideal que toda la gente estuviera ocupada con las festividades. Bailes folclóricos y niños sacando los cuvivíes con sacos dentro del agua. Indígenas con poncho a caballo que se colgaban las aves del cuello como un trofeo de guerra. Tuve la idea de alquilar otra canoa y detenerla en algunos puntos de la Laguna Negra de Atillo. No iría con Lucrecia: ella se quedaría con el profesor y su hijo, a quienes había invitado a comer dos noches antes. Bucearía un poco con mi detector de metales submarino. Si lo vieron, se dieron cuenta de que el mío es moderno: trae una pantalla incorporada que

indica el tipo de metal detectado. Y como ese oro del siglo xv debe estar cubierto por capas de algas y quién sabe qué otro tipo de sedimentos, no iba a brillar como en las películas. Esto también lo tenía clarísimo. Les había dicho que de hallarlo lo pondría en manos de las autoridades. Que acaso reclamaría el diez, el doce, o el quince por ciento por mis servicios a la patria. Sin embargo, el suicidio de ese muchacho de pelo largo jodió la cosa. Se llenó el sitio de agentes y periodistas. A partir de allí, ustedes conocen el resto...

Daniela Velasco. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

Pacho Miño, el hermano de mi mujer, se suicidó en septiembre. Por eso no me hacía gracia realizar este viaje durante el mismo mes. ¿No les había dicho ya que ella había considerado hasta la idea de crear un premio nacional que llevara el nombre de su hermano? Estuvo meses buscando alguna organización cultural o universidad que quisiera ayudarla con su propósito. Pero no tuvo éxito porque el Pacho murió a los diecinueve años. Unos meses después de publicar *Domesticación y olvido*. Nadie lo conocía de nada. Apenas había formado parte de un taller de poesía de la Casa de la Cultura. Solo su profesor y unos siete chicos, del mundo de la literatura, estuvieron en su velorio. Si algo le obsesiona a Margarita es eso: reunir las condiciones para que su hermano sobreviva al tiempo. Así sea a través de un premio o de la nueva edición de ese libro lleno de frases absurdas.

Lautaro Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Nos contó que Asteroide había muerto. Alguien lo había atropellado en el barrio. Tenía una libreta que en su primera página

decía, con letras en rojo, «Nostalgia animal». Ambos pudimos leer esa página porque él quiso mostrárnosla. Entonces Lucrecia le preguntó a Pablo si escribía una novela o un cuento. Le dijo que a ella la literatura le encantaba. Sobre todo, si se trataba de aquella relacionada con la muerte. No tanto de fantasmas o asesinatos y esas cosas que causan miedo. Pablo no la entendió. Volvió a hablarnos de Asteroide. Envuelto en su poncho oscuro, siguió buscando algo en el cielo. Entonces ella le dijo a Pablo que le gustaban las historias de suicidas.

Pacho Miño, del libro *Domesticación y olvido*

Soy el huésped maltratado de un animal sin huesos. Un chillido amontonado en otra cárcel, buscando amigos inexistentes —de caras inexistentes— hambrientos por gemir en la noche tierna. Fueron nuestros padres quienes mataron su deseo por traernos. Son la porción de fango inútil necesario para seguir con vida.

Pablo García, notas de su libreta «Nostalgia animal»

Una mujer es hospitalizada repentinamente. En su casa, su esposo sigue cuidando de Túpac, su perro Alaskan Malamute. Sin embargo, el perro deja de comer y pasa horas mirando el espacio en la cama donde no está su humano. Hacen una videollamada que no entiende.

Se duerme. Y muere un día antes de que regrese la mujer.

Leónidas Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Entiendo lo que me dicen. Pero nuestra colaboración, repito, en nada ayudará a su investigación. Todo caso de suicidio es un caso inconcluso, incompleto. Vaciado de sentido. O repleto de vacíos. Como prefieran entenderlo. Podrán preguntarle a la familia de ese chico y solo extraerán de esas respuestas más interrogantes. Podrán escarbar entre sus cosas, sus papeles, su computadora, y solo darán con un revoltijo de temas sin sentido. O con algo de sentido para el dueño de esos materiales que demostró con su muerte lo obsoleto que está el mundo. Consejo: ahora los muertos son iguales a los vivos. O hagan caso omiso de mi comentario y persigan un pensamiento feliz. Poco sabemos sobre la decisión abrupta que un día alguien toma para acabar con su vida. Es como un gesto ofensivo y valiente. Es como un insulto lanzado a gritos. Los suicidas son los peores muertos porque no descansan nunca. Y engordan devorando los corazones y las memorias de aquellos que los sobreviven.

Camille Perra. Alausí, 13 de septiembre de 2019

Olvidé que lo había visto un par de veces. No me habló nunca. Yo pintaba mis pescados muertos. Estoy pasando por otra etapa, ¿saben? Pintar muertos no es lo mismo que matar y pintar después. Por ejemplo, Richard Dadd fue un pintor inglés de la época victoriana, que pintó, mató y después pintó mucho mejor. Cuenta su historia que fue contratado para dibujar el itinerario de un importante abogado de Newport, que comprendía Grecia, Turquía, Palestina y Egipto. Casi al final de ese viaje, empezó a dar muestras de demencia. Oía perros ladrando y pensaba que había caído bajo el influjo de Osiris, quien le pedía que acabara con las encarnaciones de su enemigo Seth (perro del desierto). Ambas deidades de Egipto,

por supuesto. Asesinó a su padre con un cuchillo pensando que estaba poseído. No sé si pintó a su padre; pero después de ese acto pintó hadas y bosques de modo deslumbrante. Fue en este periodo cuando desarrolló sus mejores cuadros. *El golpe maestro del leñador de hadas*, su obra maestra, le tomó diez años. Lastimosamente yo no cuento con tanto tiempo para perder.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

También se incluye, en *Agencia general del suicidio*, una tarifa curiosa:

Electrocución	200 fr.
Revólver	100 fr.
Veneno	100 fr.
Ahogamiento	50 fr.
Muerte perfumada (impuesto al lujo incluido)	500 fr.
Ahorcamiento. Suicidio para pobres. (La soga se vende al precio de 20 fr. el metro y 5 fr. cada 10 centímetros suplementarios.)	5 fr.

Nunca pude comprender qué quiso decir Jacques Rigaut con «Muerte perfumada». Ni por qué el ahorcamiento lo consideró un suicidio para pobres. Según creo, hasta los millonarios se ahorcan de vez en cuando. *Carlos Rivas. Alausí, 15 de septiembre de 2019*

A todos nos causó una fuerte impresión. No, todos nos acercamos hasta la orilla a mirar el cuerpo de Pablo García. Todos, excepto el viudo de Elisa Gándara. El hombre tomó al niño de la mano, sacó algunas cosas de su tienda de campaña y dejó el resto allí abandonado. En pocos minutos oímos el motor de su camioneta y observamos el polvo levantándose a la distancia. Los demás nos quedamos, allí, esperando la llegada de la ambulancia, la llegada de la policía. Luego, la llegada del tétrico camión blanco de la morgue. ¿Quién cubrió el cuerpo? Me parece que quien cubrió el cadáver del chico, tras darnos cuenta de que no había nada más por hacer, fue la pintora francesa que vive cerca de aquí. Le tiró encima una frazada de lana.

Walter Guambo. Parque Nacional Sangay, 24 de octubre de 2019

Había que continuar con las fiestas. No irán a pensar ustedes que por esto la comunidad iba a dejar de celebrar el suicidio de los cuviviés. Rápidamente enviamos a los niños a sacar todos los pajaritos del agua con los sacos. Algunos los pusimos sobre la hierba formando una ofrenda al cielo. Otra gente, más distraída que la mayoría, se instaló a beber y a comer dando por terminado el episodio del suicidio de ese joven solitario que quién sabe por qué habrá elegido morir en Ozogoche. Nadie se viene a morir aquí. Menos a suicidarse. La laguna es peligrosa y nuestra gente está advertida. Si algún niño se ahoga, pues es eso: se ahoga. Pero no se suicida. Si hasta nos bautizamos en sus aguas. Es una idea estúpida esa de venir a matarse aquí. Porque lo uno nada tiene que ver con lo otro. Además, el cuerpo estaba pálido, sin alma ya. No mostraba heridas aparentes. Digamos, entonces, que quizás se ahogó. Que se equivocó al meterse al agua en el momento en que los chorlitos cayeron en picada. ¿Al mismo tiempo? Eso no lo sé. No creo que se hayan muerto todos al mismo tiempo. No creo que ese joven haya sido golpeado por las aves, que son pequeñitas, si es que a eso se

refieren. Aunque el muchacho ya flotaba. Y en segundos, alrededor de su cuerpo, una extraña corona de cuvivíes muertos lo envolvía.

Lautaro Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Mi papá se puso nervioso y me gritó que debíamos irnos en ese momento de allí. Perdí una chaqueta y unos audífonos. Yo no quería irme. Quería mirar por última vez a Pablo García. Así estuviera cubierto por una frazada verde. Quería despedirme de Lucrecia y de su abuelito, el aviador de barba blanca que parecía enfadado y que se pasaba horas diciendo: «Listo, ahora sí sé dónde debo buscar». Pero papá temblaba y revolvía todas las cosas molesto. Rápidamente iba guardándolas en las mochilas. Afuera, los niños hacían ruidos raros. Cuando me asomé: arrastraban sacos llenos de aves como si fueran sus seres queridos. Pensé en mi madre. Pensé en Pablo. Pensé en la muerte y sentí que se me erizaban los vellitos de los brazos y las piernas. Pensé en la estrella Perro que mi papá había prometido que podríamos mirar mucho mejor desde allí. Pensé en momentos familiares que han ido desapareciendo. Pensé en que no iba a hacerle caso a nadie y seguiría preguntando por millones de cosas hasta enfadar a todos. Mi papá seguía apurándome. No quería ni siquiera despedirse de toda esa gente con la que habíamos conversado durante tres días. Le temblaban las manos. Cuando guardó la tablet rayó la pantalla con el cierre metálico de su bolso. Pensé en los cuvivíes alrededor del cuerpo de Pablo. Pensé en que no quería irme de allí sin mirarlo por última vez.

Margarita Miño. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

No, no tomo ningún tipo de medicamento para la depresión. No

soy bipolar ni tengo ideas suicidas. Sí, el Pacho, mi hermano, tenía alguna condición, aunque mis papás jamás lo llevaron al psicólogo, por eso nada puede saberse de lo que tuvo. Elucubraciones, todas. Cualquier muerte en una familia es un asunto difícil de asimilar. Fue un joven normal, aunque algo apático. Era mayor. Por eso, mis recuerdos están mezclados con la indiferencia propia de la edad que tenía cuando él se mató: quince. Pasaba por mis propios problemas de adaptación. Una adolescente lesbiana y atea en un colegio religioso es como mirar una oveja rodando por un prado verde con una gran mancha de sangre sobre el rostro. Fue después de su muerte cuando empecé a interesarme por sus cosas. Me internaba en su habitación, llena de pósteres de bandas de los noventa: Nirvana, Stone Temple Pilots y Radiohead. Coleccionaba dibujos de monstruos que extraía de sus pesadillas. Recuerdo uno que era el de un muchacho con la mitad de la cara borrada y la otra con el ojo vaciado y la boca abierta. Recuerdo otro de un ser de medio metro, de tres cabezas, que se apoyaba sobre su enorme barriga y sus cuatro brazos, sin piernas. Eran dibujos aterradores –les había contado a mis padres– de seres que él consideraba reales, y que aparecían cuando se iba a dormir. Empecé a revisar su habitación, su vida, sus libros, sus dibujos, sus discos compactos, sus revistas, su ropa y sus apuntes en distintos cuadernos, como intentando dar con la explicación de por qué un día el Pacho se fue en su auto hasta la hacienda familiar, con un puñado de poemas y una botella de ron, para pegarse un escopetazo en la cara en completa soledad. No dejó ni media palabra escrita. Él, que escribía tanto, no trazó ninguna advertencia o disculpa a sus padres o a mí, su hermana menor. Nada. Se largó sin afirmar nada. Ni siquiera su desprecio. Por eso me arrojé a leer su único libro de poemas. Un libro que hasta ahora me ha estado contestando algunas preguntas. Respuestas o señales que quizás sea yo la única que las entiende de este modo. Es difícil, ¿saben? Me refiero a que es difícil no buscar o mirar señales en cualquier parte cuando alguien se marcha de nuestra vida sin ninguna explicación. Cuando ocurren este tipo de tragedias es imposible no advertir mensajes hasta en las nubes.

Pacho Miño, del libro *Domesticación y olvido*

Me arrancaré el espíritu a balazos. Me abriré el pellejo hasta encontrar el veneno, con vetas amarillas, en mi corazón profanador. Me descuajaré el hocico para que el rayo escupa sus pelos fucsias. Me extirparé de cuajo el cordón de la culpa para mirar finalmente en la noche al perro sin estrella.

Pablo García, notas de su libreta «Nostalgia animal»

Canelo fue un perro de Cádiz que se pasó doce años yendo hasta el hospital donde había fallecido su dueño. Incluso lo llevaron a la perrera municipal, donde fue adoptado por dos familias. Sin embargo, cada vez que podía se escapaba. Finalmente murió atropellado en el paso de peatones, justo en la entrada del hospital.

Leónidas Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Tenía pensado llevar a mi hijo para hacernos juntos la misma pregunta: ¿por qué una bandada de aves decide chocarse contra el cristal de las aguas de modo tan desquiciante? Sí, no es una pregunta que pueda o deba hacerse un niño de nueve años. Nadie tiene, realmente, por qué hacerse este tipo de preguntas como quien levanta plegarias al cielo. Pero yo acababa de encontrar un correo electrónico de la empresa donde trabajó Elisa; y sentí de pronto que el lugar más seguro de la tierra, donde hacer esa pregunta, la pregunta de cómo ocurre un suicidio masivo, y de por qué ella decidió hacer lo mismo, era allí, en las Lagunas de Ozogoche. Nada dura para siempre. Ni el duelo. Ni la vida. Tampoco debería durar tanto tiempo el suicidio. Pero es así: un suicidio dura

para siempre. Y nadie te cuenta sobre esto. Es difícil olvidarse de quien se ha ido con el secreto profundo de una enfermedad bajo el brazo. Los días azulados, sin ella, continúan. Todos los espectadores de nuestra vida juntos se inclinan ante mí y ante Lautaro, como si nos estuvieran proporcionando algún brote de energía. Acaricio la cabeza de mi hijo como cualquier cristiano creyente frente al nuevo templo de Jesús. Y esto me rompe el corazón. Saber que soy un ser incompleto, marcado desde ahora por una reconocible tristeza, al que solo le queda reunir el valor para organizar unas instrucciones para seguir con la vida.

Martín Valera y Carlos Rivas. Alausí, 15 de septiembre de 2019

Nuestra investigación se prolonga quizás demasiado. Lo que no significa que, si al cabo de estos días, después de lo que hemos visto y recabado, llegamos a una conclusión, dicha conclusión represente algún tipo de éxito. Nada más alejado de esto. Por desgracia, la muerte de Pablo García generó una modificación en la conducta de los turistas, a quienes también estábamos estudiando. Ni las decisiones ni las palabras que eligieron, después de lo que había ocurrido, servían para nuestra investigación. Incluso el registro de la caída de los cuviviés pasó a segundo plano frente al alboroto. Es todo lo que podemos decirles: jamás intuimos que el chico tenía un plan como ese, el de lanzarse al agua y dejar de respirar.

Lucrecia Sangurima. Parque Nacional Sangay, 12 de septiembre de 2019

En el cuento «Suicidas» de Guy de Maupassant se habla de que no pasa un día sin que aparezca la noticia de que alguien se ha

suicidado en los periódicos. Casi siempre se ignora la causa. Ese cuento lo leí con atención el año pasado. Mi idea era hallar el relato que describiera de manera clara por qué alguien se mata. A cualquiera le genera dudas. Les digo que Pablo tampoco habló del suicidio. Nunca. No mencionó ninguna palabra sobre eso ni a Lautaro ni a mí. Todas las veces que charlamos se portó educado, atento, y a ratos melancólico cuando hablaba sobre animales. Sobre todo, de mascotas que había tenido su familia. Salía por las noches en lugar de salir por las mañanas. O quizás pocas fueron las veces que lo vi por las mañanas. En «Suicidas» hay una carta que podría explicar los motivos de la decisión. Dice allí que, una vez terminada la carta, se matará. No sé si sea muy joven para entender estas razones, pero más allá de hablar sobre lo feliz que era antes de que todo se volviera repetitivo, o de sentir tristeza al contemplar el pasado, o revisar cosas del pasado, nada más se cuenta. Me pregunté qué pasará cuando yo tenga quince o veinte años. Si acaso alcanzaré esa edad, los treinta me parece que indica Maupassant, en que el mundo se torne aburrido y deprimente. Ojalá que no. Amo cantar en la ducha. Las caminatas largas por la playa. Leer libros donde aparecen muchas dudas. Y espero que eso se mantenga para siempre. Igual, si se lo piensan, ese cuento está equivocado, porque Pablo solo tenía veinte.

Walter Guambo. Parque Nacional Sangay, 24 de octubre de 2019

¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Mover el festival para otra parte? Alguien que viene al lugar donde no nació para morir me parece un monstruo. No sé a ustedes, pero a mí me parece que el suicidio de ese muchacho terminará afectándonos a nosotros. Ya nadie verá la pureza del sacrificio, sino la violencia del ritual. Incluso la gente imaginará que las Lagunas de Ozogoche han empezado a reclamar carne humana. Nos queda cerca de un año para pensar en otras estrategias con los comuneros. Tampoco se crean ustedes que las

autoridades son dadas a ayudarnos en nuestras necesidades todo el tiempo. Aquí la gente vive abandonada y es tanta la pobreza que muchos jóvenes migran a Estados Unidos para buscarse una vida mejor. Es como si nosotros les mandáramos nuestra gente allá, y ellos nos devolvieran los cuvivíes para pasar el hambre. Realmente, cada una de estas actividades nos ha costado mucho poder mantenerlas. Lo que pasa es que nos cansamos de andar quejándonos por todo. Por eso, elegimos actuar y emprender en conjunto acciones a favor de nuestra memoria y nuestros territorios.

Pacho Miño, del libro *Domesticación y olvido*

Nunca volveremos a ser héroes mientras la fobia por la demolición nos arrope. Vi feroces fantasmas haciendo rondas alrededor de mi cama como una hélice. Eléctrico, el aire, corría por debajo. Prometí entonces que mi ejecución acabaría con la obesidad del artista. Que yo secuestraría a la muerte en jornadas de cantinas.

Pablo García, notas de su libreta «Nostalgia animal»

«Confortable agujero adiós», fue lo que dijo, en lenguaje de señas, Koko, la famosa gorila que murió a la edad de cuarenta y seis años, cuando le preguntaron sobre qué es la muerte. Koko cuidó por algún tiempo de un gatito que murió atropellado. El sentido de duelo por su pérdida —la tristeza— quedó grabado en un documental.

Leónidas Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Te das cuenta de que el mundo continúa sin ti cuando la gente

sigue hablando, enviando mensajes, escribiendo notas y artículos que has dejado de entender. Nada de lo que lees pasa por tu interpretación ni se fija en tu mente. Sin embargo, a la gente le gusta repetirte eso de «la vida continúa». Como si tú no lo supieras. Me pregunto dónde está el presente capaz de hacerse cargo de todo esto. Me pregunto dónde está el pasado capaz de almacenar a todos nuestros muertos. ¿Qué razones tiene una persona para seguir aquí entre un montón de personas extrañas que siguen enamorándose y decepcionándose con una sonrisa rápida y medio imbécil? Cuando termina una charla, ¿qué quiere decir ese nuevo silencio que se instaura entre dos humanos encorvados frente a sus platos? ¿Acaso ustedes pueden diferenciar entre un mundo inventado y feliz y un mundo que se está yendo a la mierda en cuestión de segundos? Muchos de nosotros –dicen los amigos y los idiotas– compartimos tu dolor. Realmente nadie está compartiendo ningún dolor contigo ni con nadie más. El dolor no se comparte. No es una tortilla de huevos con tomates y espárragos ablandados. El dolor no es un vaso de jugo de naranja que bebes despacio mirando por la ventana, calculando si esta vez cuando el sol salga dejará un rastro de cenizas sobre las nubes. Si será inclemente. El dolor no es un libro que circula por ahí, y del que ofreces unos cuantos fragmentos al azar. Es una tontería eso. Oficialmente, todos hemos perdido a alguien de un tirón. Todos hemos sufrido alguna pérdida. Toda esta gente que se desliza y se hunde en el paisaje, que te saluda o que evita saludarte, ha perdido a alguien y sigue con su vida. Todos ellos han superado sus pérdidas y han elegido prestarles atención a otros detalles. Mientras, por supuesto, el mundo sigue avanzando hacia su final.

Lautaro Castro. Las Garzas-Guayaquil, 17 de noviembre de 2019

Quería ver a Pablo García. Quería acercarme y mover esa frazada verde para mirar por última vez sus ojos, su boca abierta y su cabello tan largo y oscuro. Jamás pude ver a mi mamá después del

accidente. La velaron con el ataúd cerrado. Por eso yo quería soltarme y acercarme hasta donde estaba Pablo para mirarlo detenidamente. Necesitaba ese recuerdo. Aunque en aquel momento todo me pareció un raro sueño. Los gritos de la mujer al pie de la laguna. La gente corriendo a auxiliar a Pablo. El cuerpo, con ese cabello tan largo y oscuro, que fue arrastrado con los cuviviés muertos hasta la orilla. El llanto de Lucrecia. Más gente bajando desde los cerritos. Los turistas rojos y ebrios. La angustia de mi papá. La desgana de la pintora que cubrió el cadáver de Pablo como tendiendo por obligación su cama, con los ojos abiertos pero con su cabeza en otra parte. Los niños indígenas con sacos entrando a las aguas. Los hombres con ponchos sobre caballos, de espaldas al cadáver de Pablo, colgándose al cuello los pequeños cadáveres de los cuviviés. Yo le había contado la noche anterior que la estrella Perro o Sirio es la más brillante de todas. Que en el antiguo Egipto servía para señalar las inundaciones del Nilo. Que mi mamá me había explicado que las estrellas y nosotros estamos hechos de la misma materia. Que somos el reciclaje de un cometa desaparecido. Que por eso automáticamente miramos al cielo por una respuesta. Pablo me habló de Asteroide, su perro pug. Que había estado con él desde los diez años. Que alguien lo había atropellado y se había dado a la fuga. Que aunque lo había enterrado en el patio de su casa, aún lo veía aparecer por los pasillos y asomado a la ventana de la sala. Me preguntó si era posible mirar la forma de un pug en la estrella Perro. Contesté que no sabía. Que mi mamá me había dicho que para los chinos se llama Lobo celestial. Que íbamos a realizar un paseo al campo para observarla mejor, pero que finalmente nunca lo hicimos. Pablo miró otra vez hacia el cielo, buscando la estrella, esperando que tuviera la forma de un pug. Y se quedó dormido.

3. Naturaleza portátil

Apoyo mi cabeza en la almohada y escucho seis golpes rápidos. Como un tamborileo producido por mi corazón. Me asusto pensando en que finalmente el corazón ha empezado a fallarme. Me asusto, a pesar de que no me cuesta entender que ha sido el efecto del aire contra la cavidad de mi oreja lo que ha provocado el ruido. Sin embargo, soy hipocondriaco y estas cosas me ocurren a menudo. Casi siempre estoy imaginando cómo voy a morir.

Antes de aterrizar, reviso mi teléfono. Por supuesto que ya está ahí, como viene ocurriendo desde hace varios meses, un mensaje de *Mamá*:

Estas son las condiciones climáticas de Jatinga: Temperatura: 30 °C. Agradable. Humedad: 84 %. Viento: 12 km/h. Cielo: Parcialmente nublado. Considéralas, por favor, hijo. Cuídate mucho y que disfrutes de tu estancia en ese valle. *Mamá*.

Cada uno de sus mensajes los termina asentando con la palabra *Mamá*. Pero yo aún la tengo guardada entre mis contactos como Elisa Gándara.

Me asalta el recuerdo de mi padre ocultándome detalles sobre aquel viaje que hicimos a Ozogoche en 2019, y del que poco o nada quiere hablar hasta el día de hoy. Empezó a comer con más apetito meses después, durante la pandemia. Ahora es un hombre que camina a los sesenta con sobrepeso. Había coqueteado con la idea de hacerse vegetariano o vegano después del accidente de mi mamá. Fueron meses insoportables, de lluvia, supongo no tan diferentes de los meses de invierno. Aunque la sensación que guardo desde entonces convierte ahora en materia dramática para mi memoria los recuerdos de ese padre que, cabizbajo en el interior de una cocina, escamoteaba entre verduras y bolsas de arroz integral, rumiando una vida saludable para él y su hijo. Un padre

que nunca pudo superar lo ocurrido. Que se obligó a entender parcialmente que la vida que había tenido no volvería nunca más, por lo que solo le quedaba construir en torno a ese vacío otra vida más práctica y ligeramente robótica.

Tomo un tren con vagones de colores para llegar al poblado de Haflong. Los comentarios de los operadores turísticos, con un inglés extrañamente marcado por un acento culebrero, que no se percibe para nada cuando hablan su propio idioma, son similares: encantador. Maravilloso. Único. Les indico que he llegado hasta este lugar, desde el otro extremo del planeta, desde una nación tan pobre como la suya, solo para mirar el terrorífico milagro del suicidio de cientos de aves en Jatinga. No se sorprenden. Tampoco parece molestarles que mezcle ambas palabras: milagro y terrorífico. Contestan que hay varias razones para que eso ocurra. Pero que todas son creencias de las tribus antiguas. Que ni biólogos ni científicos han podido explicar hasta la actualidad el fenómeno. Así recolecto los nombres de las tribus: zeme nagas y jaintia.

No deja de causarme una profunda extrañeza entender que estoy haciendo un viaje, quince años después, guiado por el mismo propósito de mi padre: mirar la muerte desde otra perspectiva. Que este viaje ocurre por el deseo de cerrar otro. Sublimando la idea de que un acontecimiento dramático oculta actos luminosos escondidos en la psique. ¿Es posible que mi memoria me haya ocultado información, como imágenes capturadas en una cámara alejada tomadas por alguien más, para ponerme a salvo? No lo sé. No es raro en el mundo de la psiquiatría que esto ocurra. He atendido a pacientes que guardan accidentes domésticos y ciudades enteras en minutos velados como una fotografía volteada sobre la pared de la sala. Información que desaparece como un proceso religioso, dejando angustias clavadas como agujas sobre la piel.

Tampoco se trata de alinear ambos viajes sobre un mapa común. Aunque mi padre me haya indicado hasta el cansancio que ninguno de los dos viajes tiene que ver conmigo. Ciertamente llevo una vida marcada por un accidente automovilístico y un raro ahogamiento. Por dos suicidios. Algo que pondría incluso en duda mi capacidad para atender pacientes. La noción de que no he superado un trauma, mi silencio frente a estos temas, podría poner en riesgo mi oficio. Sé que un niño no tiene culpa de nada. Poco es lo que puede controlar. Además, abandoné hace mucho la costumbre de mirar las fotografías de mi madre. Aunque no haya ocurrido lo mismo con lo que respecta a su muerte. Pasé años tratando de explicármela. La de mi madre y la de Pablo García.

Durante el trayecto en tren observo a un grupo de mujeres hindúes. Desde la cabeza hasta los pies lucen envueltas con largos ropajes de colores fucsia, bermellón y violeta. Una de ellas tiene la palma de la mano derecha completamente tatuada. Durante unos segundos intento descifrar, como si fuese posible, ese raro tatuaje. El diseño y su tonalidad marrón aumentan mi curiosidad hasta obligarme a realizar una búsqueda por internet. El tren se abisma entre montañas emitiendo un rugido moribundo. El calor se aloja en el cristal grueso de las ventanas. La henna, también conocida como arjeña, es un tinte que se emplea mediante una técnica llamada *mehndi*. Son tatuajes temporales que se realizan las mujeres que están a punto de contraer matrimonio. Simbolizan la salud y la buena suerte. En ciertas partes se cree que los patrones del tatuaje contienen un poder que protege de las maldiciones.

Acabo de desbloquear mi primer recuerdo: los tatuajes de las tribus amazónicas. Mi madre me mostró la foto de un chamán, dentro de uno de sus libros, que realizaba varios trazos para restaurar la salud de un miembro de su tribu. Eran dibujos y garabatos sobre la piel como parches contra espíritus o demonios. ¿Y funciona?, le pregunté. Sin cerrar el libro, certificó que la tinta escrita o dibujada es el mejor contacto con la nada donde están los espíritus. Canciones y poemas son prueba de ello. Por eso cuando abres un libro, o cuando lees una carta o una partitura, te estás alimentando del mundo de los muertos.

No tengo otro rostro de mi madre más que el propio. Familiares se encargaron de hacerme notar, mientras crecía, lo mucho que me iba pareciendo a ella. El mismo cabello, los mismos ojos semicaídos, idéntica barbilla. Incluso cuando ahora ella, o quien se supone que es ella, me manda fotos actuales y videos breves, donde la edad que tendría si estuviera viva se materializa en sus arrugas y unas canas sobrias que le brindan belleza y carácter, los elimino de inmediato de mi teléfono. Prefiero recordarla joven que como está ahora. A pesar de que en todo este proceso, motivado por mi padre, yo haya debido ceder a sus deseos para acordar juntos un contrato con la empresa Stella Maris.

«Para no zozobrar en medio de la tormenta que alza olas en el mar», dice el eslogan del sitio web de esta nueva compañía que, desde hace cinco años, trae a los muertos de regreso desde el más allá. O desde ese agujero llamado Nunca Jamás. Nomás al entrar al sitio, la venta ocurre. Dos millones de personas ya habían revivido a dos millones de personas a través de la inteligencia artificial. No había tomado mucho tiempo en que esta necesidad brotara y se apoderara del mundo. Huérfanos, viudos, gente que había perdido a sus parejas o amigos en accidentes como el de mi madre, atraídos por la posibilidad de volver a hablar con sus muertos, de mirarlos pasar el tiempo y envejecer junto a ellos, a través de sus medios de comunicación (emails, videollamadas, fotografías, videos, mensajes de WhatsApp, incluso alimentando cada cierto tiempo su Instagram) habían pagado por este servicio.

Stella Maris se había convertido en una forma de vivir el duelo.

O en una especie de antiduelo.

Cuando mi padre, hace unos meses, me expresó su deseo de entregarle a la empresa toda una base de datos sobre mi madre (hoja de vida, notas de voz, correos electrónicos, documentos académicos, chats de banalidades, fotos, información familiar, árbol genealógico, intervenciones públicas, etcétera), me resultó amargo entender que finalmente él había decidido abrazar la tecnología solo para continuar con su vida en el pasado.

Poca gente en aquel momento, en un rapto de honestidad, usaba aquel servicio para cerrar un capítulo doloroso. Realmente la mayoría

quería prolongar la presencia, así fuera por medio de rápidos mensajes e imágenes creadas artificialmente, de quien había fallecido. Sabíamos como humanidad que llegaría el momento en que nos rebelaríamos contra la muerte. Sabíamos que la tecnología es desobediencia contra Dios. Por eso el logo de la manzana de Apple. Aunque jamás se nos ocurrió que sería materializando a los muertos. Algo que pondría en entredicho la memoria.

La vegetación se enciende como un fogonazo a mis espaldas mientras avanza el tren. Conozco la triste cadencia de los recuerdos que no dejamos ir. Conozco, sobre todo, la neblina saturada de interrogantes cuando alguien se suicida haciendo irrefutable la prueba de que el mundo no vale nada. No hay discusión matemática que gane al respecto: los números no mienten. Cada año más gente elige el suicidio como otra forma de cura.

Ahora entra una llamada de Elisa Gándara.

Es una llamada a distancia, cubierta por el paquete que paga mensualmente mi padre para seguir mirando a mi madre y oyendo su voz retándolo por las cosas que hace mal. Sospecho que la llamada que me hace fue propiciada por él. Algo que tal vez tenga que ver con el hecho de que mi padre jamás aprendió a decirme las cosas directamente. Nunca. Crecí atajando su miedo en diálogos entrecortados. Su mundo académico es reducido y se esmera concienzudamente en mantenerlo de esa forma. Como un elemento controlado.

Contesto describiendo el paisaje a mi alrededor. Contesto como si mi madre de casi sesenta años me estuviera realmente hablando al otro lado del teléfono.

He mirado varios videos del sitio, hijo, y por la noche luce un poco aterrador.

¿Miraste videos de Jatinga o miraste videos de los pájaros muertos?

Ambos.

Imagino que los aterradores fueron aquellos que muestran los pájaros tirados por los caminos de tierra.

Exacto. Esos son los aterradores. Eres tan inteligente como tu papá.

Gracias. Oye, *mamá* –me animo a preguntarle quizás enlerdado por la sensación del tren ingresando a velocidad por los valles de una tierra distante, de un lugar al que no pertenezco y donde no he perdido a nadie–, ¿aún crees que los animales se suicidan?

Se toma muchos segundos en responder.

Mientras las mujeres frente a mí siguen hablando, atendiendo con sus gestos a una tradición que pesa como subir varios baúles a un carruaje antiguo, imagino que *Mamá* está revisando en su base de datos y en internet una respuesta que se ajuste a su identidad sintética.

Otros indicios –responde casi robóticamente, pero se reorganiza–. Hay otros indicios, hijo querido, que prueban que esta investigación debe continuar.

Me quedo callado. No sé si está diciéndome que se trata de una investigación con resultados poco concluyentes o si me está diciendo que ella va a seguir con la investigación de mi madre.

¿A qué te refieres? –atino a preguntar.

Han seguido ocurriendo en Alemania, El Salvador, Brasil, Estados Unidos, Chile y Francia.

Los seres humanos se suicidan todos los días. Quizás deberías buscar más información sobre eso. Vendrá el tiempo en que el suicidio se oferte en cabinas telefónicas.

Ja, ja, ja. ¡Qué ocurrencia! Una raza que busca modos más prácticos para otorgarle la muerte a los miembros que se encuentren desganados.

Tras colgar con la inteligencia artificial, que tiene comprimida la información completa de quien fue mi madre, pienso en Lucrecia. El viaje de mi pensamiento ocurre como una mezquindad familiar. Debí

haber pensado en mi madre, en lugar de pensar en mi amiga. Debí haber recordado que al hablar de ese tema podía estar guiando a la inteligencia artificial hacia la noción del suicidio de mi madre. Por lo que yo mismo debí quedarme, algunos minutos, fecundando esa sombra monstruosa y atávica. Sin embargo, aparece Lucrecia y toda esa fascinación que tuvo de chica por los materiales literarios que abordaran el tema del suicidio.

Fueron nuestras primeras conversaciones, así como nuestros recuerdos del suicida de las Lagunas de Ozogoche, de Pablo García, lo que anudó con fuerza un vínculo entre ambos. No tengo idea por qué me permito pensar en todo esto en un vagón lleno de gente que elimina el silencio del paisaje con largas conversaciones y aplausos fríos. Pienso en Lucrecia. Pienso en Pablo García. En lo poco que hablamos en esos días del año 2019. Pronto cobra forma el mito de una muerte bañada por la luz andina sobre una laguna donde flota un cuerpo volteado alrededor de una corona de cuviviés.

Hemos hablado muchas veces del mismo evento. Con el tiempo se tornó en nuestra religión. Lucrecia y yo seguimos en contacto por las redes hasta que, finalmente, cuando cumplí los quince, le dije a mi padre que era hora de ir hasta su ciudad y mirarla nuevamente a los ojos. Mi padre, temeroso, aún perfeccionando sus técnicas de evasión, atinó a decirme que tantas horas de viaje para qué. Acaso intuyó bien que ella y yo seguíamos haciendo crecer el misterio de la muerte de Pablo García como el secreto horrible que comparte una familia. No lo sé. No pudo evitar que viajara y terminó llevándome hasta el aeropuerto, para que no fuese en bus, y dándome dinero para el fin de semana.

Dos años después de ese encuentro, Lucrecia publicó su primer libro de cuentos de terror. Realizó una pequeña gira con su editorial y llegó hasta Guayaquil. Después de la presentación fuimos por un café a un local frente a una antigua iglesia mormona. Ambos sabíamos muy bien que, en diferentes etapas y edades, ese muerto, Pablo García, continuaba viajando o desplazándose en nuestro interior. Nadaba como una ameba a sus anchas en la marea neblinosa de nuestros recuerdos fragmentados. Realmente nunca

había dejado de hacerlo. Mientras fuimos creciendo, Pablo García tampoco dejó de crecer dentro de ninguno de los dos.

¿Por qué cuentos de terror y no cuentos de suicidas?, pregunté conteniendo la mirada.

No, Lauti. Esas historias son reales y sospecho que solo pueden ser escritas por los sobrevivientes o por los muertos. Elegí el terror como género porque hay una democracia increíble en el miedo. Si existe una emoción que puede darle igualdad a la gente, es esa. Todos, sin importar nuestro origen, sentimos cómo el miedo nos recorre hasta ablandarnos los intestinos o ponernos a gritar fuertemente.

Su comentario me pareció gracioso y acertado. Como casi todos sus comentarios. Hasta el día de hoy cuando intercambiamos alguna idea, y a pesar de que ya tengo veinticinco y ella veintiocho, me sigue deslumbrando su capacidad de reconfigurar las cosas.

Había conseguido con un amigo de su abuelo el parte policial con los interrogatorios realizados por los agentes de esa época. Me contó que su abuelo había fallecido de un paro cardíaco el febrero pasado. No sabía que tu madre investigaba el suicidio de los cuvivíes. Me dijo esto y miró hacia la calle. Quizás impulsada por la necesidad de seguir engordando el enigma de Pablo García, se había puesto a revisar esa información que ahora depositaba directamente en mi cabeza.

Poco tiempo después leí su investigación. Me sumergí en borrascas de párrafos que contenían cientos de historias sobre suicidios de animales de todo tipo. Quizás, aturdido por los acontecimientos del tercer día en Ozogoche, mi mente había elegido desechar cierta información para ponerme a salvo. Como el hecho de que yo sí había escuchado hablar a los compañeros de trabajo de mi madre sobre su investigación. Porque, una vez que retornamos a casa después de lo que vimos, aunque yo jamás pude mirar el cadáver de Pablo, así como tampoco pude mirar los detalles de la

muerte en el cadáver de mi madre encerrada en su féretro, nunca más en casa se habló de los cuvivíes ni de nada que nos llevara a indagar sobre lo que había ocurrido en aquel sitio.

Menos sobre el suicidio en el mundo animal.

No es fácil retroceder en el tiempo. Y quienes hacen estos viajes a diario –decía mi madre– usualmente regresan y descubren sus cuerpos totalmente envejecidos. Estar en el presente es la tarea más difícil que tiene el ser humano. Todo lo que esculpía con su voz sonaba como algo nuevo. Me leyó un fragmento de un libro sobre la condensación de las nubes. Aún era temprano: el sol no aparecía por el cielo mientras nos preparábamos para salir hacia la escuela. Se rio e inició un sonido, un canturreo que no era otra cosa que el ritmo de la intro de su programa favorito cuando era niña: ¡*Lo increíble*! Había pasado cientos de horas frente al televisor, los lunes por la noche, mirando ese programa.

¿Sabías que Bill Harding, también conocido como el Hombre Césped, logró hacer crecer césped en objetos inanimados? Empleó trajes de ejecutivos y hasta un auto: un Buick de 1966. Su revolucionaria idea era que este tipo de arte, césped sobre ropa, muebles y zapatos, diera lugar a una naturaleza portátil. Algo que puede entenderse como la nostalgia que nos genera vivir en las ciudades donde cada vez hay menos áreas verdes.

¿Sabías que existió una compositora inglesa que afirmó que recibía composiciones de los espíritus de Bach, Beethoven, Schubert, Liszt, Brahms, Chopin y Mozart? Rosemary Brown tenía poca instrucción musical como para lograr escribir esas piezas notables que le fueron entregadas por los fantasmas de los más grandes músicos de la historia. Muchos años después, un estudiante de doctorado de la Universidad de Carleton, intrigado, realizó una investigación y descubrió que era imposible que Rosemary Brown estuviera mintiendo, ya que una de las piezas dictada por Liszt mostraba claramente las huellas del estilo de su última etapa.

Mis pupilas se dilataban ante esa nueva información con la que ella inflamaba la vida en la tierra de una magia posible. Integrar una comunidad de seres con cualidades fantásticas, que realizaban hazañas extraordinarias, representaba un viaje desde los dinosaurios hasta la luna.

Siento que he comenzado a perder más cabello mientras el tren continúa su viaje hacia el poblado de Haflong. Cada día al peinarme, después de salir de la ducha, miro con tristeza un puñado de pelo enredado entre las cerdas del cepillo, que libero y acerco avergonzado hacia el orificio del lavamanos. A este paso, cuando tenga treinta años mi cabeza parecerá un huevo.

En algún punto, después de aquel viaje catastrófico con mi padre, un misterio plantó sus esqueletos en mi historia. Empecé entonces a practicar el hábito de la soledad. Dejé de luchar y me concentré en lo que había en mi mente. Había entendido que mi madre no estaría más con nosotros. Que se había convertido en polvo del mismo cometa que nos había dado la vida cuando golpeó la tierra. Que cualquier muchacho, con quien conversas un par de veces, puede morirse al día siguiente. Con apenas diez años entendí que a veces la gente se muere y que no puedes inventarte un mundo por tu cuenta donde escapes a esa realidad.

Miro por la ventana el paisaje: animales y personas aparecen y desaparecen sobre las líneas del camino. Cientos de ojos que flotan dueños de una realidad que jamás se llega a comprender enteramente. Es sumamente necesario descifrar que se nace y se muere en la ignorancia. Que hierbajos, hongos y largos pedazos de tierra mojada saben más de su propósito que nosotros.

La idea de llegar hasta Jatinga para mirar el suicidio colectivo de las aves la tuve después de leer los documentos de mi madre. Después de ese encuentro con Lucrecia. Después de que mi padre me pidiera ayuda para recopilar toda la información sobre Elisa

Gándara y entregársela libremente a una empresa, que me obligó a tener nuevamente miedo a la palabra *Mamá*.

Por otro lado, las aves que se suicidan aquí no son los cuviviés que se suicidan durante el mismo mes en Ecuador. Se trata de una variedad de aves: garza, avetorrillo negro, ardeola, martín pescador, pítidos, entre muchas más. Son más de cuarenta especies. Incluso aves que, sin ser nocturnas, llegan para estrellarse contra los troncos de bambú del área que rodea el pueblo de Jatinga, entre las siete y las diez de la noche. Todo ocurre en ese kilómetro y medio que tiene de extensión.

Como si el verdadero objetivo de mi viaje fuera soñar con el pasado, se me cruza la idea de intentar conversar con sacerdotes u hombres religiosos de la zona que me puedan contar sobre el perfil místico del suicidio de las aves. También me pregunto si después de observar ese espectáculo terrorífico, o ese inexplicable suceso, reconectaré con lo poco que pude ver cuando era un niño en Ozogoche. Si acaso completaré un viaje simbólico que guarda aún varias abstracciones flameando como las ramas de los árboles por las ventanas del tren.

El duelo es una de las etapas más importantes de mi vida. He pasado mucho tiempo negándolo. Antes de envejecer rápidamente como parece estar ocurriéndome desde hace meses. Desde que mi padre me instó a colaborar con su propósito de revivir a mi madre. He pasado mucho tiempo resistiéndome a colocar todas mis fuerzas en el servicio de lidiar con un duelo que terminaría por convertirme en una persona depresiva y en un detective.

Por eso cuando hablaba con Lucrecia, cuando repasábamos la tragedia de Pablo García, me sorprendía a mí mismo opinando sobre la muerte y la depresión sin mencionar una sola palabra sobre mi madre. Era más sencillo tapar mi propio duelo con el duelo por alguien más. Alguien a quien apenas conocimos unos días antes de

que tomara la decisión de ahogarse en el momento en que una gigantesca bandada de aves hacía lo mismo.

¿Se suicidan los animales por la depresión?

¿Se suicidan las personas y los animales por la depresión?

¿Acaso el gesto final de Pablo García no resolvió como alucinación ambas dudas?

Hemos aprendido a enfrentar estas cosas con medicinas, charlas, hipnosis y terapias familiares. Hemos organizado, como quien organiza el gabinete de su baño, las tristezas, los dolores, las pulsiones, las fobias y las pérdidas. Tanto que la historia de la humanidad parece, de principio a fin, la historia del reconocimiento de nuevas enfermedades y dolores. El mundo no puede ser tan simple. Es legítima nuestra necesidad de construirle una memoria a todo este dolor. Es legítima nuestra habilidad para encuadrar el ruido de esa masa de muertos que emerge haciendo guiños y metiéndose en nuestra ducha, en nuestro auto, en nuestra clase universitaria, en nuestras redes sociales y teléfonos móviles. Sin embargo, la armonía de la vida quizás reside en que uno debe vivir a pesar de la muerte, a pesar de los dolores, a pesar del duelo.

Aunque el duelo pretenda paralizarnos como cualquier venganza.

Secuelas psicológicas. El alboroto es general. Los seres humanos y los animales se deprimen, cambian de conducta, requieren de terapia. Cuando mi padre volvía cansado de dar clases veía en sus gestos la ruta interior del duelo como una herida abierta. Cuando visitaba a mis abuelos, a los padres de mi madre, en su interrogatorio se tensaba con justicia una lucha contra su propia naturaleza desaparecida, todas esas preguntas daban giros hasta terminar de golpe en cualquier cosa que les recordara a su hija.

Yo mismo eligiendo un día la psiquiatría como carrera, queriendo de este modo reducir a lo banal lo que había vivido, mis propias experiencias lamentables, no había hecho otra cosa que ponerme del

lado de la enfermedad. Servirme de una lengua muerta. Intentar invadir con mis palabras el terreno anómalo de las pérdidas.

Sanar es también una cuestión de saber perderse. Tomar un día un avión y luego un tren hacia un lugar desconocido y ver qué ocurre. Casi como aprender a olvidarse de todos esos que fuiste y que no tuvieron demasiadas variaciones. Lo necesario para lograrlo es preguntarse a uno mismo si es posible continuar sin seguir recorriendo mentalmente esos lugares y esas palabras dichas miles de veces por aquellos que ya no existen. Si es posible escoger perfectamente qué significan las cosas que vivimos esperando en pleno sol. Para sanar hay que elegir mantenerse en silencio en lugar de continuar con los ojos cerrados en el interior de la memoria, simulando que ella podrá devolvernos lo que ya nos arrebató la materia.

El tren se detiene en la estación. Desciendo con mi maleta. El sol rojo quema directamente mis pupilas. Nada me pertenece en este sitio donde hay demasiada energía en el movimiento de telas y frutas sobre pequeños quioscos. Vengo desde el pasado con un latido en las sienes dividido en dos. Traigo dos muertes en mi conciencia. Traigo dos muertos sobre mi espalda para venir a depositarlos en este lugar tan alejado de mi casa. A ratos, me siento como un impostor. Siguen pasando velozmente junto a mí personas cargando bultos. Transeúntes que nunca más volverán a mirarme. Evito los quioscos debajo de un puente peatonal mal pintado. Reviso un letrero inentendible. Busco alguno que tenga palabras en inglés. Traigo la muerte en los ojos. Cruzo entre hombres y mujeres hindúes con una mano en el bolsillo. Hace calor y es la vegetación la que contiene ese calor. Han empezado a notar que soy extranjero. Alguien movido de su sitio. No lo han dicho, pero sé que imaginan las razones por las que estoy en su tierra. Soy la vieja muerte y traigo el deseo de mirarme a mí misma. Soy la vieja muerte y quiero respirar otro aire. No tengo necesidad de decírselo. Soy la muerte

que ustedes no han visto. Soy septiembre con la boca entreabierta. Soy un extranjero, entre cientos, entre cientos de miles, que quiere mirar otra forma de reinventarse que tiene la muerte. El hambre de la única muerte siempre necesita saciarse con el registro de otras.

Una alarma en mi teléfono lo hace vibrar dentro del bolsillo de mi pantalón.

Cuando lo reviso se me empañan los ojos.

Mamá ha escrito: *¿Sabías que*...

He salido de la estación de Haflong y me veo obligado a detener mi marcha sobre un terreno árido y polvoso. Quizás leí mal. Quizás todas estas ideas que han venido durante meses envolviéndose en el interior de mi cabeza como un ovillo de cables de cobre, recubiertos de material aislante, terminaron pelándose y provocando un incendio ligeramente contenido.

Reviso nuevamente la pantalla:

¿Sabías que en diciembre de 1982 se realizó el primer juego de polo con elefantes en Nepal? Para este deporte...

Dejo de leer.

Elijo apagar el teléfono.

No es posible que *Mamá* haya alcanzado esa información específica para reproducirla ahora por su cuenta. No recuerdo, entre los datos que le entregamos a la compañía Stella Maris, haber leído algo sobre la afición que había tenido mi madre por el programa ¡*Lo increíble!* Sobre todo, acerca de ese juego que hacía conmigo, de relatar las cualidades fantásticas de mujeres, hombres y animales, después de imitar el sonido de la intro de aquel show de su niñez.

Dejo atrás la estación. Rehúso tomar una mototaxi. Arrastrando mi maleta, me interno por el camino polvoso hasta entrar al pueblo. Me quedo un buen rato mirando los árboles de bambú donde muchas de las aves se estrellan por la noche. Pienso en sus ojos rojos y amarillos. En sus pestañas caídas. Estoy poseído por el deseo de talar los troncos y registrar el hundimiento sin claridad de esas aves como cortadas con un hacha desde lo alto del cielo. Observo un portón con un letrero que no puedo leer. Respiro como si un alambre muy grueso descendiera desde mi cabeza hacia mi pecho.

Miro otra vez los árboles delgados.

Quiero que explote todo.

Sueño con mi madre. Bajamos, ella y yo, hasta el fondo de la piscina. Arroja burbujas por la boca. Yo hago lo mismo. Las burbujas lanzan destellos dentro del agua. Casi como si nuestras burbujas pudieran retener y expulsar algo de la luz solar que recorre la sábana irregular de la superficie. Es un día especial del mes de abril. Es mi cumpleaños y me ha traído a la casa de sus padres para celebrarlo. Una gran casa con un patio y una piscina bordeada por palmeras de tres metros de alto. Mi padre lee un libro en la orilla opuesta. *La vida: instrucciones de uso*, alcanzo a leer sobre la portada amarilla mientras me empiezan a parpadear los ojos.

¿Quieres jugar conmigo a aguantar la respiración?, pregunta mi madre retirándome con su mano varios mechones de cabello de la frente.

Acepto y volvemos a sumergirnos mirándonos detenidamente a los ojos. Mueve las palmas de sus manos ondulándolas dentro del agua. Libera más burbujas. Me abraza como si yo fuera un pequeño cangrejo. El ojo tibio del tiempo se paraliza. Nuestras pieles se anudan como piedrecillas al fondo del mar después de una hecatombe. No puedo verme a mí mismo. Me lastima, dentro del sueño, esta imposibilidad. Nadie puede hacerlo. Cualquiera que esté atravesando los últimos minutos de su vida tampoco podrá mirar al yo de cinco o siete años. Ni de diez ni de nueve.

El niño que fui y que guardó insectos en frascos en su habitación pensando en agradarle a su madre ya no existe. Incluso mariposas oscuras con rayas grises profundas que a ratos se escapaban para asustar al padre. Ese niño que rodó por la cama con su madre mientras ella le hablaba de animales extintos, de la cantidad de plástico que desaparece en los océanos, de la marcha constante de la evolución y de un ensayo clínico, ya no existe. Apenas una

Navidad sintió el deseo de huir de todos, abandonó esa reunión familiar que le pareció ridícula, apretujada. Mutilada sin su familia entera. Dos horas después su padre lo descubrió ocultándose por debajo de la resbaladera del parque al que su madre lo llevaba. No habían pasado ni tres meses de ese accidente que cambió sus vidas. Luchaba por preguntarle cosas que no tenían respuestas. Aún no las tienen.

Veo más burbujas. Mi madre mueve otra vez sus manos. Me enseña sus matemáticas. 2 + X = ? Cuando ella y yo emergemos hacia la superficie todos nos miran como si hubiésemos estado borrados del presente por algún rato. Como si nos hubiéramos desplazado en el tiempo por un túnel huracanado de agua inestable, desvendando con nuestra resucitación otro día maravillosamente tibio.

Salgo de la cabaña y enciendo mi teléfono. Es una cabaña rústica, de paja y bambú, que tiene unos motivos pintados sobre su fachada frontal: un guerrero con una lanza, dos escudos con bolas amarillas, un patrón horizontal de rombos negros y rojos, la calavera de un toro atravesada por dos lanzas. Inclino mi cabeza en cuatro direcciones para aplacar un dolor de cuello, producto de haber dormido prácticamente sobre el piso. Reviso los cordones de mis zapatos. Hago algún ruido por el contacto con las hojas caídas. Alrededor hay árboles, montañas y otras viviendas ligeramente frías. Estoy encima de la naturaleza con el pelo revuelto y mal dormido.

Tengo una llamada perdida de Lucrecia y otros mensajes de *Mamá*. Avanzo hacia el comedor de uno de los sitios de hospedaje para turistas para buscar un guía. La humedad de la mañana impregna esta vegetación iluminándola con minúsculas gotas de agua. Palmeras y árboles frondosos me distraen generando la extraña mezcla de un paisaje costeño y serrano entrelazado. Hay una cancha de fútbol que tiene de fondo las montañas despeinadas por mechones de nubes que se confunden con la niebla.

Estiro los músculos. Me siento tan extraño y descolocado como una recomendación en francés en el menú de este sitio. Busco señales. ¿Es eso lo que busco? Sí. Antes de tomar un té y comer una tortilla de huevos con papas fritas o cualquier cosa que me vendan aquí, persigo señales con la mirada. Me choco con la firmeza de los rostros de otros comensales. Es una falsa tranquilidad la que transmiten. Muevo otra vez el cuello y un olor insoportable como a bosta de caballo penetra en mis orificios nasales.

Dicen que busca usted un guía.

Me habla en un inglés con acento culebrero un muchacho que debe de tener más o menos mi edad. Lleva una gorra y una camiseta azul con un escudo rodeado por las siglas: ICCR (Indian Council for Cultural Relations).

Sí. Quiero recorrer el lugar y llegar a Jatinga.

Está a unos cinco punto cuatro kilómetros de aquí. Pero hay más lugares en Haflong que yo puedo mostrarle. ¿Dónde se está quedando?

En una de las cabañas étnicas.

Pero esas cabañas son de exhibición. La gente allí no duerme. Pudo haber rentado una habitación en una villa para turistas como esta.

Insistí. Necesito sentirme dentro de la naturaleza. No fuera de ella.

Mientras avanzamos busco a las aves en el cielo. Pienso en que quizás entre un suicidio y otro suicidio pueda finalmente aparecer, con los brazos extendidos y las piernas dobladas, una nueva vida. Todo lo que puedo saber en este momento es que soy escéptico ante aquello que me obliga a recordar un lago, oscuro y cenagoso, con gente hablando de la muerte como si fuera cualquier evento festivo.

Abro el primer mensaje de *Mamá*. Por algún motivo desproporcionado las palabras comienzan a moverse de sitio. Quiero

decir que, mientras leo, estas tiemblan y se escurren hacia un agujero negro:

Hay un puente en Dumbarton,
Escocia, un puente
ornamentado,
un puente del siglo XIX,
que se llama Puente Overtoun.
Desde la década de los cincuenta
este
puente
es conocido como «el puente para perros suicidas».
Se trata de un puente de estilo gótico que está
sobre un barranco
a 15 metros de altura.
Muchos han sido los perros que se lanzan
desde allí
para matarse.

Siento una especie de grieta abriéndose cerca de mis pies. ¿Qué es el duelo sino un sismo que aparece cuando menos lo esperas? ¿Qué es el duelo sino una larga y paulatina resquebrajadura por donde emana un vapor cargado de fantasmas? Las ramas se aproximan a mi cara. El mundo está lleno de fantasmas. En mi mente hay dos caminos ramificándose. Por uno se pasean ratas y cucarachas entre tablets, libros de antropología y latas destripadas de Coca-Cola. Mostrándome la evidencia de que el presente es apenas una inestable fabricación del pasado. El segundo aún no puedo verlo. El sismo continúa abriendo una grieta que grita. Arriba, por el cielo, hay algo más: otras aves. ¿Aves que no se suicidaron durante la noche? El guía me explica que el fenómeno ocurre en la temporada del monzón. Cuando la bruma se apodera del valle y durante la noche no hay luna. Esta noche, quizás, ocurra esta tragedia, me indica. Miro otra vez al cielo. Las ramas se alejan de mi

cara. El mundo está lleno de aves fantasmas. Cuando el guía me señala un camino cubierto de arbustos, abro el segundo mensaje:

Eres lo que comes,
por lo que los cuerpos de las ballenas
pueden
pintar
una imagen de la salud del océano,
dijo el doctor Andrew Brownlow, director de Smass.
Esta frase me gustó.
Se la dije a tu padre porque recordé
que desde hace años
he intentado convencerlo de que deje de comer animales.
Ayer aceptó
intentarlo de nuevo.
Aunque la frase viene por el drama
de decenas de ballenas varadas
en las costas de Sri Lanka,
Nueva Zelanda y Australia.
Drama que confunde a los científicos
como yo.
Los rescatadores llegan
y liberan a las ballenas que aún están vivas.
Pero estas ballenas terminan dando
la vuelta
para regresar hacia la manada
y morir junto al resto.

No quiero mirar por ahora su siguiente mensaje. Entiendo que *Mamá* está realizando nuevamente la investigación que dejó inconclusa Elisa Gándara hace más de quince años. Sobre las montañas la bruma reviste la vegetación con entusiasmo borroso. Bordeamos caminos de tierra con arbustos cargados de Sohshang: una aceituna roja y dulce. El guía arranca dos de un tirón, y me

entrega una mientras procede a mascar la suya. Se trata de una fruta exótica, me indica. Le cuento que la probaré luego, cuando esté de regreso en mi cabaña. Se extraña pero se sonríe de inmediato y continúa caminando.

Nos detenemos frente a un templo presbiteriano. Es grande, de tres pisos, con techos anaranjados y balcones de hierro forjado. La enorme cruz blanca en su fachada de vidrios azules, y otra más en toda la cúspide, me obligan a pensar en lo que es la religión para los seres vivos: una sucesión de manos y caras resucitando bajo un cielo de color gris perla.

¿Quiere entrar para tomar unas fotos?, pregunta el hombre.

No, deseo revisar el sitio donde caen las aves. El lugar donde ocurre ese suicidio colectivo. No me quedaré demasiadas noches aquí.

Comprendo, dice el guía. Debe saber que no es un suicidio lo que aquí ocurre. Nosotros creemos que las aves, que vienen migrando de distintas partes, no logran ver bien por culpa de las nubes espesas y por eso se sienten atraídas hacia las luces artificiales del pueblo, donde acaban por estrellarse.

¿Están seguros de eso?

Tampoco.

¿Y qué pensaban las tribus zeme nagas y jaintia?

La tribu local zeme nagas llamó al fenómeno «avian hara kiri». Pensaban que fuerzas demoniacas los estaban castigando por haberse apoderado de la tierra. Aterrados abandonaron Jatinga en 1905. Y se la vendieron a la tribu jaintia, quienes, en lugar de atemorizarse por la muerte colectiva de las aves, emplearon palos de bambú para ensartarlas y comérselas. Eso fue lo que convirtió este tema en algo realmente confuso.

¿Pasar del terror a la cacería y el festín?

Precisamente.

El mundo está lleno de aves fantasmas. He visto demasiadas

desde que recuerdo. Incluso las que miré en las Lagunas de Ozogoche vuelven a mi mente ahora como temblorosas cruces agitándose en el cielo. Son cientos de X de piel y pelo parduzco. ¿Señales empaquetadas en bolsas de lluvia? El guía me lleva por las vías del tren de una antigua estación abandonada. Un letrero sobre la piedra, antes de ingresar al túnel, tiene grabado el número 21. Ingresamos. El túnel parece el cuello de una botella manchada de lodo. Una ráfaga de aire me llena la boca de viento helado. Del otro lado, la estación de tren abandonada de Jatinga se abre ante nuestros ojos. Continuamos por un sendero de piedra. Un sendero donde hubo hace décadas unos rieles. El tiempo todo lo borra. La vegetación es la osamenta natural del tiempo borrándolo todo. Aunque las huellas de esos rieles quizás sean las cicatrices sobre su piel. Están allí para obligarnos a recordar lo que alguna vez existió. El tránsito. La civilización. El comercio. Los viajes de familias que se movilizaron de un punto a otro punto esperando que les llegara cualquier horizonte como la evidencia de alguna felicidad. Por muy leve que fuera.

Deambular por la antigua estación de un tren inexistente se siente como tropezar con un pueblo fantasma. Más adelante descubro aves muertas regadas trágicamente por el camino de tierra. Están desperdigadas de manera irregular. No parecen formar parte de algún patrón. Tampoco están decoradas por flores o frutas. El hombre descubre la decepción en mi cara.

No se preocupe, hoy morirán más, me dice. Tiene que estar pendiente.

Me callo. Avanzamos hacia una colina para mirar todo el valle.

Algo parecido a la vergüenza me invade. Quizás la idea de que los habitantes de esta región deben mostrarle la muerte a los turistas para que se queden contentos por haber realizado un viaje tan largo. ¿Puede ser eso? No me queda claro. Hay una transacción inhumana (o demasiado humana) que está teniendo lugar aquí. Pero también un castigo como pensaban los zeme nagas. Es un castigo la vida amenazada por la muerte. Así como la pesadilla es estar vivo mirando al cielo haciéndose preguntas, buscando señales en

cualquier camino, sin mover un solo dedo pero oyendo gemidos desgarradores de cientos y miles de seres vivos.

¿Dónde estás?

En Jatinga, India.

¿Por qué no me dijiste que te ibas hacia allá? Te habría acompañado.

No lo sé, Lucrecia. Realmente sentí que debía hacer este viaje por mi cuenta.

Pues al menos te pude haber hecho compañía... Y ahora no estarías allá solo, en medio de una montaña, oyendo seguramente a un montón de vacas rezándole a la luna llena.

Acá no hay luna estas noches. Estoy en una cabaña. Leyendo dentro de un sleeping bag el libro que me recomendaste.

¿El de Édouard Levé sobre el suicidio?

Sí, lo conseguí en línea. Es algo mórbido.

Na. Es estupendo. Léelo despacio. ¿Y hallaste lo que buscabas? ¿Alguna señal de tu madre? Porque eso es lo que te fuiste a buscar hasta el otro lado del mundo, Lauti. ¿Si te queda claro?

No hagas eso, Lucrecia.

¿Qué cosa?

Analizarme. Psicoanalizarme. Determinar cada una de mis acciones.

Pero es verdad. Como sea, espero que la halles. A tu mamá o alguna señal. ¿Sabes con quién me encontré por el centro de Quito hace unas semanas?

No.

Con una de las sobrevivientes de nuestra trágica experiencia infantil en Ozogoche.

¿Con quién?

¿Te acuerdas de la abogada, de Margarita Miño?

Sí, la recuerdo claramente. Era la pareja de una arquitecta que me agradó mucho. Tenía un hermano que se mató muy joven.

La misma. ¿Sabes que me contó que finalmente pudo pasar página con respecto al suicidio de su hermano? Hablamos mucho. Le conté sobre lo que había leído: sobre la investigación que en aquellos años se levantó a todos los que habíamos acampado cerca de Pablo García en septiembre de 2019. Incluso, tras contarle que tú y yo habíamos continuado en contacto y que intentamos durante años resolver lo que había pasado con Pablo García, me recomendó hacer lo mismo que ella había hecho.

¿Y qué fue lo que hizo?

Contrató a la compañía Stella Maris para darle vida a su hermano a través de la inteligencia artificial. Y así poder finalmente interactuar con él.

Enmudecí. No le había contado a Lucrecia que mi padre había hecho lo mismo hacía poco. Y que ahora estaba a punto de empezar a tener pesadillas con los mensajes que me enviaba *Mamá*. Entonces, ella siguió hablando.

Me explicó que aunque al principio los mensajes y videos de su hermano eran sobre banalidades y temas vinculados a sus gustos y experiencias familiares, poco a poco comenzaron a tornarse más singulares, más alucinados, más próximos a ese adolescente de modales enfadados que había sido su hermano. Tocaba la guitarra y escribía poemas oscuros que le enviaba en mensajes de audio. También mandaba notas de odio a sus padres. Incluso empezó a llamar a una exnovia que la terminó demandando a ella, por no pensar en daños colaterales, o en otros perjudicados, que podían surgir al revivir de aquel modo a un fallecido. Fue luego, cuando se dio cuenta de que la inteligencia artificial y su hermano eran la misma persona, cuando hizo esa enorme y radical pregunta que la había estado atormentando durante décadas.

¿Por qué te mataste?

Exacto. Le preguntó que por qué se había matado. Entonces, le tocó esperar tres días.

¿Y luego?

Y luego de esos tres días le envió la respuesta.

¿Y si soy huérfano por la corta naturaleza de un arrebato? ¿Y si soy huérfano porque mi madre sintió que la guarida que había encontrado para refugiarse del mundo no le servía después? ¿Y si ser huérfano es solo advertir la extinción antes de reproducirse? Tengo años intentando resolver qué significa el suicidio. Y por qué también los animales lo practican. ¿Por qué si formamos parte del mismo mundo nos despedazamos con la absoluta fuerza de un instinto natural? Casi como si aquello fuera lo correcto. Como si hubiésemos sido ubicados en este lugar para destrozar animales, plantas, lagos, valles, playas, mares y personas.

Con Lucrecia he hablado del suicidio durante años. Me gusta recostarme sobre su pecho solo para sentir cómo late su corazón. Cierro los ojos e imagino su corazón dilatándose como la claridad de un hueco en lo alto de un muro. Un hueco en expansión. Ella me deja quedarme un buen rato oyendo sus latidos. Luego, invertimos nuestras posiciones. Y es ella quien se mantiene, con la oreja pegada a mi pecho, oyendo por muchos minutos las agitadas o débiles palpitaciones del mío. Me dice que imagina un hacha cayendo, una y otra vez, sobre un tronco coronado de cráneos muy blancos. Esa es la claridad que mira cuando cierra sus ojos. Ambos, en lugar de ser las aves, hemos elegido ser las jaulas. O ambos descubrimos juntos que ninguna diferencia existe entre ser el ave o la jaula.

Nuestra relación, con el pasar del tiempo, es la de dos hermanos que solo se reúnen para prolongar el misterio y dolor de lo que alguna vez vieron. Crecimos revisando el pasado, buscando pistas, indagando en rituales familiares la verdadera historia de la tristeza. Es cierto lo que me había dicho durante nuestra llamada: yo había hecho este viaje por mi cuenta para dar con una señal de mi madre. Para desintegrar el misterio de su muerte bajo otra luz herida por cientos de aves suicidas.

Ahora leo ese libro que me recomendó hasta el hartazgo.

Se trata de la última obra de Édouard Levé, un artista francés, quien se mató días después de enviar en un sobre el manuscrito a la casa de su editor. *Suicidio*, a secas, es el título. Inmediatamente el lector se siente atacado por la conciencia de que quien ha escrito

estas líneas cumplió con lo que prometió. Casi como si a un suicida se le exigiera coherencia con lo que está proponiendo: reventarse como un ciervo al que le pasa un bus por encima en mitad de la carretera. Es raro reconocer a un individuo angustiado –que dice que va a matarse y que luego lo cumplecomo un hombre íntegro por llevar a cabo lo prometido. Pero es lo que ocurre. La primera impresión al leer es que estoy frente a un ser desdichado pero íntegro.

Separo en mis notas algunas de sus líneas y les ubico impresiones personales a un costado:

a) *Tu vida fue una hipótesis*. De acuerdo, Édouard, cualquier vida es una hipótesis, antes, durante y después de alcanzar alguna posible definición. Sospecho que las definiciones son absurdos modos creados para proyectar la imagen concreta de uno mismo. Imagen que el tiempo y los demás se encargan de desbaratar en segundos. b) *Los que mueren viejos son un bloque de pasado*. También casa de reposo. Quizás guarida de lo que fue puro dolor pero también alegría. Los viejos siempre están hablando del pasado. Lo hacen para transformar la memoria en un enorme escaparate donde los demás podamos mirar, sobre ese vidrio débil, personajes, cosas escritas, mañanas sin espejo esquivando obstáculos, cartas envenenadas, retazos de animales que amaron, basurales, arsenales de líquidos rodando por sus narices,

bordes de otros caminos donde relucen los cambios y las desapariciones. Cualquier bloque de tiempo, para mí, es algo que ha vencido a las turbulencias. Un cajón donde, cesados los combates, todo se reinterpreta con la belleza trágica de lo vivido.

c) *Tu suicidio fue el pronunciamiento más importante de tu vida, pero no recogerás sus frutos*. Tu muerte, como la de mi madre, aunque no lo creas ha recogido ya sus frutos por partida doble. Por un lado, siempre quedarán los sobrevivientes intentando dar con los puntos que conecten hasta extraer de la oscuridad, o de ese vacío empalagoso como la orilla de un flan que brilla en otro plato, la causa de esa decisión. Por otro lado, como escribió el pintor Munch: «De mi cuerpo podrido las flores crecerán y yo estaré en ellas. Eso es eternidad». Lo que significa que quizás nosotros somos apenas el abono necesario para la única vida eterna, que es la de las plantas.

d) *¿Remordimientos? Los sentiste por la tristeza de quienes llorarían por ti (...) Pero esos remordimientos solo los sentías por anticipación (...) Ese egoísmo de tu suicidio te desagradaba*.

Esto, querido autor, no lo entiendo. Me refiero a que hacia el final de tu confesión literaria alcanzas la claridad total sobre el asunto: toda muerte es un acto de violencia contra los vivos. Peor aún tratándose de un suicidio. Empezar una nueva historia, para cualquiera que sobreviva a quien se mató, es andar por las calles gritando: llevo colgado un muerto debajo de las ropas. Hazte a un lado.

Me levanto y salgo rápidamente de la cabaña. Unos segundos antes había oído –estoy casi segurouna especie de detonación. Tomo el camino de tierra cubierto de arbustos. Comprendo que, apenas con la linterna de mi teléfono, recogeré mis pasos hasta llegar a Jatinga. ¿Me habré confundido por la culpa de este deseo endiablado? Necesito estar presente cuando caigan las aves. Quiero formar parte, así sea desde un espacio casi anónimo, con mi cabeza sumergida entre matorrales y con mis ojos deformes e iluminados como charcos, del suicidio místico que conecta el mismo mes y dos tierras tan diferentes como India y Ecuador.

Paso por el templo presbiteriano. A esta hora ninguna de sus dos cruces logra generar ningún brillo. Hay una extraña calma, un silencio largo por encima de los techos y los altos árboles de bambú que va incrementando mi angustia. Avanzo y envejezco: sobre la hierba rala mi cabello caído luce marchito. Hay barro por varias zonas. Lo esquivo mientras siento el corazón latiéndome como un pequeño sapo de piedra escondido bajo la tela de mi camisa. Colinas negras y rojas. Hay un pasaje en el libro de Levé donde habla de que solo lejos de casa uno experimenta el placer de estar loco sin estar alienado. De ser un impostor sin culpa.

Miro la boca del túnel. El cuello de una botella llena de grasa.

Ingreso y me rasco la cabeza solo para comprobar cómo sigue cayéndoseme el cabello. Morir, dijo un poeta, es algo demasiado banal. No se puede morir cuando lo que quiere la humanidad es lastimarte una oreja. Dejo de luchar contra mis ojos y me sumerjo en la oscuridad del túnel. Vigilo el temblor en mis rodillas. Oigo.

Hay otro pasaje de Levé donde menciona un encuentro con un mendigo en el metro de París. Un mendigo que olía a queso, orina y mierda. El mendigo lo hace reír por un comentario que suelta de repente. Y Levé también de repente quiere ser como él. Elegir la decadencia. Y lo puntualiza: no como abandonarse y ser un miserable, sino más bien como rebajarse hasta la ruina. Volverse añicos. Giro sobre esta idea mientras el frío de la noche entra en mi boca. Mi lengua inspecciona mis dientes de modo tranquilizador.

¿Quien quiere volverse añicos es un suicida? ¿Quien quiere rebajarse hasta la ruina, envolverse en la decadencia como en un abrigo grande cubierto de ratas, es un suicida? Supongo que su prisión son los otros. Y que su gesto anarquista, su deserción de un mundo lleno de normas, experiencias pobres y alegrías precoces, es el motivo que lo orilla al suicidio. Un suicida entonces es un desertor que manda a la mierda cualquier gobierno y se arranca los ojos para empezar a andar.

¿Y los animales? ¿También un perro que se lanza de un puente es un anarquista? ¿Una vaca que deja de comer por la desaparición de su amo hace volar en mil pedazos la biología? Pero ¿qué hay de los suicidios colectivos? Una masa que se pone de acuerdo en perder la vida es un trance de algo que no termino por entender.

Más que una obediencia, que un sinsentido, un grupo de ballenas que elige morir crea un efecto que corta en seco la respiración. ¿Qué sintió Elisa Gándara cuando entendió que en este caso de la naturaleza nada tiene que ver con el azar? ¿Que quizás incluso existe un estrés compartido por esa especie que decide acabar con la vida sin ninguna vergüenza?

Salgo del túnel ciego. Respiro con dificultad mientras oigo el graznido de muchísimas aves sobre mi cabeza. Estoy paralizado mientras la luz hace un esfuerzo por volver de mi mente hacia mis córneas. Sacudo mi teléfono, lo aprieto contra mi pierna, y apenas

se materializa otro mensaje de *Mamá*. Es una imagen de video suya con una playa de fondo. Garzas cerca de sus pies emiten chasquidos sobre la arena mojada.

También se han detectado comportamientos similares entre especies:

En Jungle Island, Miami, Anjana, una chimpancé, adoptó a dos cachorros de tigre que habían sido desplazados de su manada. Los alimentó con un biberón y jugó con ellos. La idea de adopción, que se pensaba únicamente vinculada a humanos, no es tan cierta.

También dos tigres hermanos, Liz y Eddie, con una relación similar a la de los gemelos, probaron que hay vínculos que pueden acabar con la vida a través del deterioro emocional. Liz enfermó y murió. Eddie, que estaba completamente sano, lloró todas las noches y acabó enfermando y muriendo dos semanas después. La nota dice que el llanto de un tigre es algo increíble.

En cierta época del año, al sur de África, cuando el árbol de marula deja caer sus frutos, estos comienzan a fermentarse produciendo alcohol. Entonces, muchos elefantes defienden su árbol para luego emborracharse con la fruta. Aquel árbol es conocido como el árbol que emborracha. Y son muchas las criaturas, de todos los tamaños, que establecen allí su cantina natural.

Además, a pesar de que a lo largo de la evolución
los seres vivos han desarrollado mecanismos
para evitar la autolesión,
y para asegurar la supervivencia,
existen procesos autodestructivos
conscientes en los animales.

Logro pausarlo. Poco o nada me interesa su investigación. Los animales que amó desde niña, y que admiró entre la pañería de la vegetación, huyeron con ella. Jamás me interesó comprender la

obsesión de mi madre, aunque me sea imposible deshacer la educación que me entregó. A mí lo que me interesa comprender es por qué ella terminó matándose cuando se supone que estaba intrigada por un fenómeno natural.

Reviso la estación de tren abandonada. Experimento la tristeza desproporcionada que alberga cualquier sitio convertido en escombros. Es una declaración de la derrota del hombre frente al tiempo. Cruzo las vías borradas como un campesino hindú que arrastra una vaca muy lentamente. Salto hacia el camino. Giro y doy una vuelta más hasta trepar por otra pequeña colina.

Sobre el cielo completamente negro hay bandadas de aves girando en círculos. Graznan con todas sus fuerzas como si quisieran absorber algo de luz de una luna inexistente. Son muchísimas. Sus aleteos se tornan espantosos, más titubeantes como si estuvieran ardiendo. No voy a ceder al miedo, madre de mi corazón. No voy a soltarte. Seré la manada, contigo, que esta noche será cazada. Oigo los latidos de mi corazón con los de mi madre. Cierro los ojos y miro los latidos de mi corazón y los de mi madre como burbujas subiendo hasta el tope de una piscina. Establezco pasos abultados en lo profundo de la maleza. Entre los árboles y alrededor de las casas. Me parece advertir en segundos pequeños espejos o linternas resplandeciendo rápidamente como navajas afiladas sobre una línea de diamantes rotos. Me parece oír varias voces seguidas por el sonido de más pasos abultados. Tiemblo razonablemente. Modulo mi respiración. Las aves comienzan a deshacer sus círculos y a tirarse de cabeza contra el piso, los árboles y las ventanas de las casas. Se abren los cráneos contra la realidad. Persiguen algo de luz o acabar con la luz. En segundos todo el espacio se llena de cuerpos de aves que continúan aleteando con dolor intentando morir. Chillan y ponen los ojos en blanco. Es la muerte un regalo de los dioses. Es la muerte un castigo de los demonios. Quedan cientos de plumas desparramadas como las huellas del paraíso original destruido. Quedan seres rotos por doquier impregnando la existencia de quejidos fantasmagóricos dentro de mi cabeza.

En el arte de plantar césped, lo más importante es planificar primero qué tipo de césped deseamos. Hay una variedad que debe evaluarse para saber cuál es el más adecuado para la superficie donde haremos crecer ese césped. Algo que también nos obliga a reconocer el clima y evaluar el terreno. Así se empieza esquivando centímetros y avalando otros.

Desde hace cinco meses empecé este proyecto con algunos de mis pacientes. Lo he llamado: *Naturaleza portátil para los sobrevivientes de un suicidio*. Aunque mi padre me ha dicho que a ratos parecemos una especie de culto, y que todo culto termina siendo sexual y decadente, la idea la he propagado con ejemplo y tristeza estimulante. Lo que hacemos es plantar semillas en nuestros hogares y espacios de trabajo. Mantener los espacios drenados con cuidado hasta que una mañana el césped aparece. Por lo general, cualquier persona puede plantar césped en el patio de su casa. Pero es todo un reto hacerlo sobre otros espacios o superficies que implican varios riesgos.

En mi casa, por ejemplo, hice crecer césped sobre el piso de la cocina. Es alucinante cuando llega alguien de visita y entra por un vaso de agua. Debes ahora meditar, suelo decirle. Sácate los zapatos y siente la hierba. La imaginación se despierta en segundos como si el bosque ancestral de los primeros humanos se abriera en la mitad de su pecho hasta que empiezan a oír el viento.

Mónica Mendoza, periodista de radio, ha tenido la audacia de sembrarlo sobre una silla en la parte posterior de la cabina de grabación. Me cuenta que se sienta y se levanta de esa silla como si entrara por segundos en un círculo de luz. Que cuando mira a otra gente, a través del cristal del estudio, siente que sus manos y pies

son garras diminutas que se apoyan en defensa contra las sombras y los ruidos humanos.

También hice crecer césped sobre la pared más grande de mi habitación, una antigua guitarra, unos zapatos deportivos, una mesa en mi estudio, una larga chaqueta de lluvia y la única ventana de la lavandería. La fantasía o la lucha es conseguirlo y luego extender la mirada para montar guardia como un ser iluminado al cuidado de los últimos elementos naturales del planeta.

Todo está en los detalles y en la disciplina.

Mario Quintero, por ejemplo, ha hecho crecer césped dentro del clóset de su consultorio clínico. Había perdido a su abuelo cuando era un niño. El recuerdo de aquel cuerpo colgado dentro del garaje del hogar del patriarca lo llevó a tomar medicación durante la adolescencia. No quería reconocer, al principio, la importancia de reconectar con el llanto del animal que fuimos y que tiene que sentir otra vez el césped, así sea entre edificios con despachos y torres de condominios frívolos. Ahora, antes de recibir a sus pacientes, se encierra descalzo y sin camisa durante cinco minutos para cerrar los ojos e imaginar las estrellas desde el interior de su clóset.

Kikuyo y *Zenkeria* son dos tipos de césped que he empleado para mejorar mi hábitat. El primero es originario de Ecuador. Crece de modo salvaje y espeso. Se eleva de repente invasivamente como distraídos remolinos de pasto fosforescente. Se emplea para alimentar caballos, ovejas y vacas. El segundo, *Zenkeria*, es originario de la India. Traje conmigo las semillas cuando hice el viaje de retorno, sin compartir con mi padre ninguna impresión.

Lo que sí hice, tras escuchar su alarmante manera de asimilar mi aspecto envejecido, fue contarle lo que Lucrecia me había dicho con respecto al modo en que finalmente había superado el duelo Margarita Miño, la abogada que conoció en 2019.

¿Quieres que haga lo mismo?

No, papá. No te estoy pidiendo que hagas lo mismo.

La verdad, después de tantos años, no sé si me lastimará aún más saber el motivo real que llevó a tu madre a tomar una decisión así.

Era, posiblemente, la primera vez que ambos, mirándonos las

caras desencajadas, articulábamos una breve conversación al respecto.

Ya lo he hecho yo.

Hizo una pausa antes de recuperar el ánimo para preguntar.

¿Y qué fue lo que te dijo?

Me parece que lo mejor es que tú mismo revises su mensaje.

¿Te envió un video o un audio?

Fue un mensaje de texto. Pero le pedí, después de leer su respuesta, que hoy te enviara a ti la misma respuesta en forma de video.

Por segundos sentí que iba a llorar. Los ojos se le enrojecieron detrás de sus gafas de pasta. La nostalgia es un hueso que nos encanta roer solo para recordar que estamos rotos en mil pedazos pero respirando. Se contuvo.

Su teléfono se iluminó y yo empecé a retirarme a la otra habitación. Lo hice lentamente para ver su rostro mientras observaba el mensaje que la inteligencia artificial, dueña de la memoria de quien había sido la única mujer que amó en toda su vida, le entregaba. Tantas horas intentando librarse en su cabeza de ese misterio. Había vivido más de una década congelado con los vestigios del mundo que mi madre le había dejado en el interior de su hogar. Juegos de palabras con sus ronquidos, mapas sobre islas o sitios desaparecidos, noticias de animales extintos, ideas para experimentos, conceptos sobre una realidad celeste que abrazó hasta el final.

> Hola, Leónidas. Nuestro hijo me ha pedido que te realice esta suerte de confesión fuera de tiempo. Una confesión que me compromete, porque entiendo que mucha gente que elige morir decide ocultar las razones de su suicidio a sus seres queridos. Aunque una gran mayoría sí deja notas que, poco tiempo después, son leídas en cenas familiares deprimentes. He revisado todos mis movimientos, así como mis mensajes y posibles acciones, antes del accidente de tránsito que nos separó por un largo tiempo. En unos meses serán dieciséis años. Y si observas mi rostro, este rostro con el que te estoy contando esto, que es el mismo que tenía cuando pasó lo que pasó, decisión que tomé para hacer más fiable mi confesión, podrás entender que yo no elegí acabar con mi vida. Algo o alguien más eligió por mí. Es rara la forma en que la naturaleza desborda

ante nosotros una línea quebrada. Sentada en la orilla de las posibilidades, como lo hago ahora en este video donde puedes verme apoyada sobre un enorme manto de césped, por la noche, bajo la estrella Perro, no me parece posible que yo, Elisa Gándara, me haya quitado la vida porque estuviera atribulada, o porque padeciera de alguna depresión misteriosa que ninguno de ustedes advirtió. Tampoco creo que mi accidente haya sido el resultado de la investigación que por esos días realizaba: el fenómeno del suicidio colectivo de los cuviviés o el suicidio de los animales. Sería poco coherente decirte, mi amor, que yo me contaminé con mi investigación, y que una tarde, manejando hacia mi laboratorio, abruptamente estrellé mi auto porque quise conocer la profundidad del abismo. Debes revisar nuevamente las notas que dejé sobre mi última investigación. Hallarás allí la clave del enigma de mi suicidio. El *Toxoplasma gondii* es un protozoo que causa la toxoplasmosis, alterando el comportamiento de otras especies. Tiene que cumplir su ciclo a través del aparato digestivo de un felino. Un gato como el que un día apareció en mi laboratorio y al que cuidé envuelta en una quietud maternal. Un gato al que amé porque como todos los gatos carecía de emociones fingidas. Varios estudios han demostrado que este parásito infecta entre el treinta y el sesenta por ciento de los seres humanos en el mundo. Se han realizado estudios retrospectivos de casos y controles que comparan la seroprevalencia de toxoplasmosis en personas lesionadas en accidentes de tráfico con la seroprevalencia de toxoplasmosis en la población general de una misma zona. Los resultados sugieren que la toxoplasmosis asintomática representa un grave problema de salud pública que continúa siendo subestimado.

Aunque en la vida no hay segundas oportunidades, quizás en el idioma de la naturaleza sí exista una segunda, tercera y hasta cuarta oportunidad. La casa está en silencio, llena de una tranquilidad cósmica. Al día siguiente de que mi padre viera la respuesta de *Mamá*, admití esa misma respuesta frotándome la barba agrisada que llevo desde que volví de la India. Sin embargo, ¿cómo saber si su respuesta no es solo una expresión cargada de información, deformada por su necesidad de calmar a los sobrevivientes? ¿Cómo no ocultar la carne de gallina y sonreír convertido en su hijo, lleno de arrugas y gimoteando, durante el resto de mi vida? ¿Cómo no pensar en ella, decir su nombre, de modo mucho más fácil?

¿Recuerdas, madre, que me hiciste vivir en tus manos donde deposité muchas noches mis pómulos y mi barbilla? ¿Recuerdas los libros de Gulliver y ese superpoder que tenías para darle un origen

fantástico y científico a la memoria de cualquier país? ¿Recuerdas, madre, que a través de tu lengua comprendí la belleza de los nombres, lo increíble de los animales y los seres efímeros en esta trágica tierra? Así como entendí que la oscuridad no es otra cosa que la plena floración de las estrellas. Y que nosotros, con la cara apoyada en los árboles o sobre un césped grandiosamente verde, desnudos y brillando por la mancha original del pecado, somos solo el carbono desperdigado tras una gran explosión a través del universo.

La memoria es otra manera de sujetarte las manos.

Yo, con los ojos abiertos, irrumpiendo en la cocina para darte un abrazo hasta que emitías ese canturreo que no es otra cosa que el ritmo de la intro de ¡*Lo increíble*! Para luego oír tu oración: *¿Sabías que...?* ¿Cuántas cosas supimos y cuántas cosas jamás sabremos cuando dejemos este paraíso perdido?

Yo, sin ver la herida en tu mente, pero preguntándote: ¿Dónde has estado, mamá? ¿Dónde te encuentras ahora?

Yo, flotando en tu útero, con los párpados cerrados, desarrollando branquias como cualquier pez, siendo tu propio núcleo de gas y polvo, tu incipiente galaxia del tamaño de un frijol, acaso un objeto inanimado que temblaba exigiendo la vida.

Yo, aún sin saber la edad del planeta ni de las arañas ni de los insectos que me fuiste mostrando para forjarme un vínculo con lo que nunca acaba.

Yo, despertando sobresaltado a la medianoche, corriendo hacia tu habitación para poder ser en tus manos todo ese pájaro ahogándose contra la última luz de tus ojos.

Yo, ofreciéndote en el reflejo de mis lágrimas la vergüenza espesa por haberte extraviado.

Yo, hundido en la fascinación de tener que reconstruirte a punta de datos incompletos.

Un hijo sin una madre. Un esposo sin una esposa. Cualquier historia contemporánea llena de voces tristes. La última tarde que te vi, me pediste que te ayudara con el broche de una cadena. De espaldas, me llamaste y me aproximé hasta el tocador. Miré tu reflejo en el espejo y moví mis dedos con cierta torpeza hasta que el

broche se ajustó. ¿Habías llorado? No lo sé. Cada recuerdo tiene su propia sangre. En ese momento no podía entender que aquella sería la última imagen tuya que vería. Y que trataría de mantenerla intacta en el salón desarbolado de mi mente. Que el día más feliz de mi vida sería ese último cumpleaños que pasamos juntos, cuando nos sumergimos en una piscina para aguantar la respiración antes de volver a la realidad donde todos nos esperaban con los ojos demasiado abiertos.

Esa fue la primera vez que sentí lo que era viajar en el tiempo.

Luego, un pájaro cruzó por el cielo como si quemara nuestros nombres.

Ahora estoy sembrando césped debajo del comedor de mi sala. Quiero comer a diario sintiendo la hierba con la planta de mis pies. ¿Sabes, madre, que septiembre es el mejor mes para sembrar césped? Ayer, finalmente, brotaron las primeras lengüitas. Cierro los ojos y ubico mi cabeza, ya sin un solo pelo, sobre el pasto incipiente. Como es septiembre, en segundos imagino la caída de cientos y cientos de aves en una laguna tersa y sobre un poblado oscuro. Sin embargo, esta vez no tiemblo. Me siento anciano y sabiamente fugaz. Estudios recientes demuestran que las gramíneas o poáceas derivan de familias de hierbas del período Cretácico. Lo que quiere decir que este césped, que rozo con mis manos, tiene aproximadamente ciento treinta y cinco millones de años. Algún día mis pómulos, mi barbilla y mis recuerdos serán abono del cosmos. Polvo moviéndose a otras ramas donde se empiece a vivir, y luego nada.

Este libro se escribió gracias a la Residencia de Escritores del Malba en Buenos Aires, en el año 2024. No quiero dejar de agradecer al departamento de Literatura del museo, así como al cineasta Joe Houlberg y al biólogo Juan Zara por sus aportes en el tramo final de la escritura de este texto, que se convirtió en un viaje inexplicable y asombroso.

Ilustración: obra perteneciente a la serie Origins, madera y plumas, 2021,
© Andreas Senoner

Edición en formato digital: nmayo de 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© Ernesto Carrión, 2026

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U, 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-3395-071-0

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es